

CRISTIANDAD

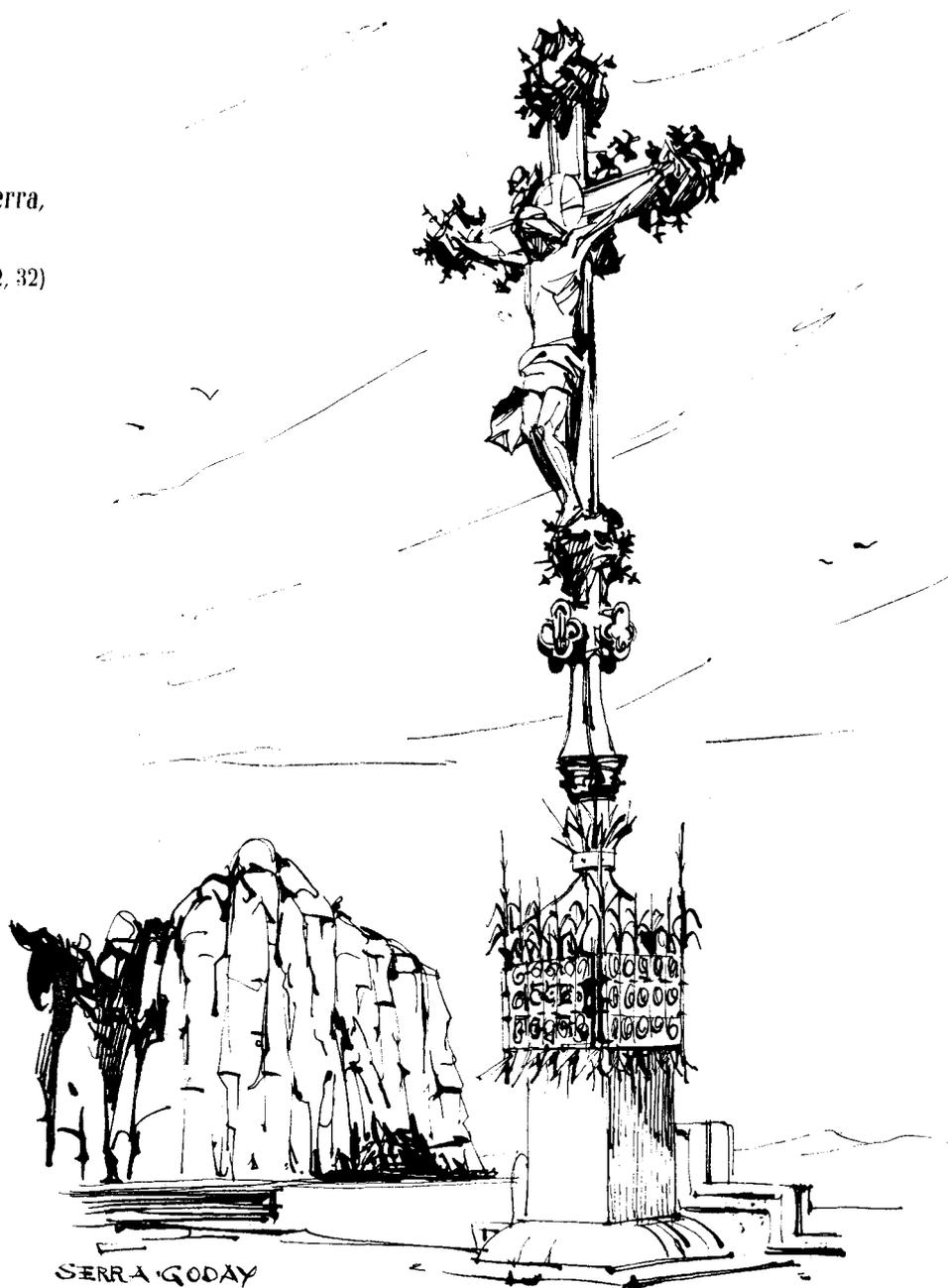
Año XIX - Núm. 374
BARCELONA
ABRIL 1962

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958

*Et ego si exaltatus fuero a terra,
omnia traham ad meipsum.*

(Io. 12, 32)



Rosario monumental de Montserrat, quinto
Misterio de Dolor, sufragado por los socios
del Apostolado de la Oración de Cataluña

Coincidiendo este mes la conmemoración litúrgica de la pasión y muerte de Jesucristo, publicamos a continuación el comentario evangélico que nos envía a este propósito nuestro venerado Padre y Maestro, el Obispo de Ibiza Mons. Francisco Planas.

«LO LLEVARON A PILATO» (Luc. 23, 1)

No falta quien haya calificado de “injuria grave” el hecho de que el Consejo o Sanedrín, después de condenar a Jesús a muerte, lo hiciera llevar al tribunal de Poncio Pilato.

De hecho, el Señor al anunciar proféticamente su Pasión y muerte no omitió este detalle, en demostración de que llevaba esta herida muy profundamente incrustada en su corazón.

Jesús entonces fue entregado por el tribunal religioso y nacional a un tribunal civil y extranjero. Fue degradado en su condición religiosa y puesto a disposición de la fuerza material. Se le quitó su carácter nacional, judío, y fue reputado como un hombre indigno de tener patria propia.

Conocemos el porqué del proceder del supremo tribunal religioso de Jerusalén. Desde que, en el año 6 después de Cristo, la provincia de Judea fue colocada bajo la administración directa de Roma, pertenecía al gobernador romano de Palestina, como asimismo en las demás provincias del imperio, el derecho de ejecutar una sentencia de muerte, aunque el Sanedrín tenía, en tiempos de Jesús, poder para pronunciar una sentencia capital. Así debe entenderse la frase que leemos en San Juan, en boca de los acusadores del Señor: “A nosotros no nos es lícito matar a nadie” (18, 31).

Esta necesidad de llevar a Jesús al tribunal del procurador romano hizo que se cumpliera la profecía del Salvador, que anunció moriría crucificado (Juan, 2, 14), puesto que la crucifixión era precisamente la pena que los Romanos aplicaban a los revoltosos. Entre los judíos la ejecución se habría hecho por lapidación, como murió el primer mártir cristiano, San Esteban.

Otros autores, ciertamente, opinan que ni siquiera podía el Sanedrín dictar sentencia de muerte. Aun en este supuesto era naturalmente necesario acudir a Pilato para conseguir que Cristo muriese, como deseaban sus enemigos.

No obstante, no hay duda que cierto desprecio para Jesús supone el hecho que nos narra el Evangelio, de que no entraran los judíos en el Pretorio para no contaminarse y poder comer la Pascua. Este peligro de contaminación legal no rezaría, según ellos, para Jesús, hecho oprobio y vil gusano de la plebe (Salmo 21 (22), 7).

En cinco ocasiones vaticinó Jesús su pasión y muerte:

inmediatamente después de la confesión de Pedro; después de la Transfiguración, en el discurso que pronunció acerca de Elías; después de sanar al niño lunático; en su último viaje, cerca de Jericó y en Jerusalén, dos días antes de la Pascua.

En el primer vaticinio nada dice el Señor de su entrega a los gentiles, y tampoco en el segundo.

En la tercera profecía leemos en los tres sinópticos la misma frase general (Mt. 17, 22): “El Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres.” ¿A qué se refiere concretamente el Señor? Porque hay dos actos de entrega en su pasión. Judas lo vende a los judíos y éstos lo entregan, después de condenarlo, a Pilato. Probablemente, Jesús no se refería ni a una ni a otra entrega.

La frase impersonal pasiva es una perífrasis que evita e implica el nombre de Dios. Será un consejo o decreto de la voluntad de Dios el que lo entregará a los hombres para sufrir y morir. Así lo afirma San Juan (3, 16): “Dios amó al mundo de tal manera, que entregó a su Hijo Unigénito, para que todo el que cree en Él no perezca, sino que tenga vida eterna”. Aquí vemos expresado el sujeto gramatical, Dios, como también lo expresa San Pablo (Rom 8, 32): “El cual (Dios) no perdonó a su propio Hijo, antes por nosotros todos lo entregó”. En cambio el mismo San Pablo (Rom 4, 25) usa el verbo impersonal y en voz pasiva: “El cual (Jesús), fue entregado por nuestros delitos”.

En otros lugares del Evangelio encontramos frases impersonales que son asimismo otros tantos eufemismos, que evitan nombrar a Dios: (Marc 4, 24-25): “La medida que empleéis para con los demás, esa misma se empleará para con vosotros, y con creces. Porque al que tiene, se le dará; y al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará”. El sujeto agente de “empleará”, “dará” y “quitará”, es Dios.

Otro pasaje más claro tal vez del mismo San Marcos (10, 40): “el sentarse a mi diestra o a mi izquierda no es incumbencia mía otorgarlo, sino que es para quienes está preparado”. Ni siquiera Jesús tiene a su cargo el conceder lo que pedían los hijos de Zebedeo, sino el Padre celestial que lo decide en su eterno consejo.

En la cuarta predicción son mucho más precisas las palabras de Cristo, especialmente en Mateo y Marcos.

Estos dos evangelistas distinguen claramente dos fases en la Pasión del Señor vaticinada por Él mismo. Lucas omite la primera parte.

Comienzan Mateo y Marcos con la frase impersonal pasiva (Mt 20, 17): "será entregado el Hijo del Hombre a los sumos sacerdotes", que puede entenderse como la que analizamos poco ha en la tercera profecía, aunque otros la entienden de la traición de Judas. A continuación, comienza la segunda fase: "lo entregarán a los gentiles", a la que siguen cuatro o cinco verbos que resumen toda la pasión y resurrección.

San Lucas (18, 32) sólo contiene la segunda fase del vaticinio, y comienza con la frase pasiva, "será entregado a los gentiles", que puede entenderse de Dios o del Sanedrín como autores de la entrega. Siguen cinco actos como en San Marcos...

En la quinta profecía, que sólo ha conservado San Mateo, (26, 2) tenemos de nuevo el verbo en forma pasiva sin que se indique el sujeto agente: "el Hijo del hombre será entregado para que lo crucifiquen". ¿Quién entrega? ¿Dios, Judas al Sanedrín, éste a Pilato? Propiamente hablando, de Judas no se puede predicar que lo entregara para que lo crucificaran. Sí puede atribuirse al Sanedrín o a Dios, a cuyo consejo se debe todo lo que acaece en la pasión y muerte de Cristo.

Con certeza por tanto sólo aludió Jesús a su entrega a Pilato, realizada por el Sanedrín, en la cuarta profecía de su Pasión, que dijo cerca de Jericó en su último viaje a Jerusalén. Ciertamente que la anuncia entre la serie de injurias graves que va a recibir. Puede hablar de ésta como de una injuria más que se suma a las demás.

Constándonos con certeza el grande amor que Jesús tenía a su patria terrena, debió alcanzar todo el sentido de esta entrega a la autoridad gentil y sentirla en su ánimo profundamente. Sus lágrimas a la vista de Jerusa-

lén, que nos ha conservado San Lucas (19, 41-44), y que le arrancó la visión futura de la desgracia nacional de la destrucción de la ciudad santa, son claro exponente de este delicado sentimiento del alma humana de Jesús de Nazaret.

A los tres sujetos agentes de la entrega de Jesús cabe añadir otro, el mismo Jesús. Así San Pablo en su carta a los de Éfeso (5, 2): "Caminad en el amor, así como Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros como ofrenda y víctima a Dios "en fragancia de suavidad", y en su lugar paralelo (verso 25): "Los varones amad a vuestras esposas, como también Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella".

Entrega amorosa, que vemos claramente expresada en San Juan (10, 18): "Nadie me la quita (a mi vida), sino que yo por mí mismo la doy. Poder tengo para darla y poder tengo para tomarla otra vez. Esta orden recibí de mi Padre".

Por contravenir a esta voluntad del Padre, que era la de Cristo también, por su completa sumisión, Pedro mereció un terrible reproche del Señor, poco después de la primera profecía de Cristo acerca de su pasión (Mt 16, 23): "Vete de ahí, quítateme de delante, Satanás; piedra de escándalo eres para mí, pues tus miras no son las de Dios, sino las de los hombres". Cristo, poco antes, lo había declarado piedra fundamental sobre la cual edificaría su Iglesia, y él, por su incomprensión, se había convertido en piedra de escándalo.

Jesús, por su parte, se entrega totalmente, con espíritu de obediencia a su Padre, como expresan las palabras que pronuncia al levantarse de la mesa del Cenáculo (Juan 14, 31): "Menester es conozca el mundo que amo al Padre, y que, como me lo mandó el Padre, así lo hago. Levantaos, vamos de aquí".

Francisco PLANAS, Obispo de Ibiza

S U M A R I O

«Lo llevaron a Pilato», por Monseñor Francisco Planas, Obispo de Ibiza.

El Concilio Vaticano II a seis meses vista, por Florencio Arnán.

El nuevo Cardenal Hildebrando Antoniutti.

Como se pierde un continente, por J. Dubois, S. I.

Persecuciones religiosas en la URSS, por Nikita Struve

«La Ciudad Católica» signo de contradicción, por E. Guerrero, S. I.

Carta al Director de «La Cité Catholique» por Monseñor Marcelo Lefebvre, Arzobispo de Tulles.

El problema argelino impone nuevas formas de convivencia, por Jesús Sainz Mazpule.

Entre el pensamiento y la estética, por Francisco Salvá Miquel.

Notas Bibliográficas.

EL CONCILIO VATICANO II A SEIS MESES VISTA

En este mes de abril falta ya tan sólo medio año para que se inicien las sesiones del Concilio Ecuménico, acontecimiento de singular trascendencia en nuestro agitado siglo xx. No es extraño, pues, ver que los principales rotativos nacionales y extranjeros dediquen largas crónicas a referir a sus lectores los preparativos que se llevan a término en Roma. La canícula romana no será este año obstáculo para que en los palacios vaticanos el ritmo de trabajo aumente de día en día. Porque a la labor de preparación doctrinal debe acompañar otra ingente labor de preparación material. La reunión en la Basílica de San Pedro de todos los obispos del mundo planteará, a no dudarlo, numerosas complicaciones y quebraderos de cabeza a los encargados del ceremonial y del protocolo. Porque por vez primera se reunirán prelados de los cinco continentes en número tan considerable, gracias, en buena parte, a la facilidad de las comunicaciones en los tiempos modernos.

Sólo una sombra parece abatirse ante este consolador panorama: la no presencia de los pastores que sufren en la Iglesia del Silencio, que, en estos últimos años ha ido ensanchando sus límites de Europa a América y Asia. Esto explica la reacción del pueblo fiel de Roma ante la visita al Papa y la asistencia a las reuniones preconciliares del Cardenal Wyszinsky. El cordial y popular recibimiento al insigne purpurado fue totalmente espontáneo. El Cardenal Wyszinsky representa a una de las naciones cristianas de más rancia tradición: la católica Polonia, que, pese a las vejaciones sufridas durante los últimos siglos, mantiene viva la antorcha de la Fe y se apresta a celebrar el milenario de su conversión. Su gesto y su espíritu nos evoca el de las cristiandades que, a lo largo de la historia y a lo ancho del mundo, han sabido mantener también intacto el tesoro insigne de la Fe en Cristo.

Pero, al tratar de temas conciliares, debemos siempre guardarnos de las falsas ilusiones que tan claramente ha sintetizado en su reciente Pastoral de Cuaresma el Arzobispo de Milán, Cardenal Montini. La primera ilusión es pensar que el Concilio decretará reformas radicales en la actual organización de la Iglesia, cambiando sus características seculares y convirtiéndola en una institución totalmente nueva y, como dicen algunos, moderna, modelada sobre los esquemas jurídicos de la vida contemporánea. La actual estructura jurídica de la Iglesia tiene quizá necesidad de algunos retoques, pero no puede ser sustancialmente cambiada. La Iglesia Católica no cambiará con el Concilio sus notas tradicionales.

La segunda ilusión, citada por el Cardenal Montini, es creer que el Concilio pondrá remedio a muchísimos defectos, imperfecciones y abusos que en nuestro tiempo tienen lugar y que nosotros mismos encontramos en la propia vida católica. Indudablemente el Concilio tra-

tará de reparar al máximo las imperfecciones de cada sector de la vida católica, ya que no han sido consultadas en vano cuantas personas tienen capacidad de sugerir indicaciones, ni creadas las comisiones y subcomisiones que reduzcan las sugerencias a esquemas y formulaciones prácticas. Pero el Concilio no es un cúralotodo rápido e inmediato. El Concilio ofrecerá programas de la disciplina y del culto eclesiástico y dará normas y disposiciones a muchos sectores necesitados de corrección, de puesta al día y de desarrollo.

Sin embargo, no será todo esto la suprema grandeza del Concilio ni su verdadera eficacia. El Concilio no podrá ser medido por sus buenos resultados jurídicos y rituales. Primordialmente, el Concilio representará una vivificante presencia del Espíritu de Dios en la Iglesia Católica; dará a la Fe una expresión unánime, solemne y victoriosa; recordará los grandes principios de la vida cristiana, reclamando un apasionante estudio del Evangelio y de la sabiduría que del Evangelio se desprende. Puede decirse que introducirá en la Iglesia nueva conciencia, nueva energía, nuevo compromiso, nueva promesa y nueva caridad. Dará a la Iglesia un íntimo convencimiento de lo que es y de cuanto debe hacer. Y de esta profunda impresión extraerá una nueva capacidad de expresión: en la predicación, en el apostolado, en el testimonio, en el sacrificio, en la bondad, en el arte y en la santidad. Pero todo esto no es un efecto inmediato ni totalmente visible. Y este efecto no dependerá solamente del Concilio; dependerá de todo el Cuerpo Místico que forma la Iglesia; dependerá de nosotros, de todos y cada uno. Por tanto, debe ser empeño común el aceptar con pronta y filial obediencia las prescripciones conciliares.

En el Concilio, la Iglesia tratará de hacerse comprender por el hombre de hoy. Repetirá al mundo su doctrina y sus instrucciones sobre la dignidad humana, la lealtad, la libertad, el amor, la seriedad moral, el valor y el sacrificio. Para esto recordará al laicado católico el lugar de puente que le corresponde entre la esfera sobrenatural y la esfera sociológica y temporal, en que vive éste, como delegando en él la tarea ardua de la "consecratio mundi", de penetrar con los principios eternos del cristianismo y las virtudes naturales y sobrenaturales la inmensa área del mundo profano.

* * *

El Concilio Ecuménico ha despertado la conciencia del problema de la unión de los cristianos. En las páginas de **CRISTIANDAD** han aparecido ya numerosos artículos sobre el desarrollo y génesis de dicho problema, a lo largo de los años 1959, 1960 y 1961. También se ha hecho mención de las declaraciones y posturas de los distintos dirigen-

tes de las iglesias separadas. Por lo que se refiere a las llamadas iglesias ortodoxas podemos recordar que son las que mantienen vivas numerosas notas de la verdadera Iglesia: el Episcopado de institución divina; los Sacramentos, fuente de la Gracia; la Teología y la Tradición.

El mundo católico, por todos estos motivos, ve más posible un acercamiento entre estos hermanos separados. Y la proximidad del Concilio aumenta la esperanza de la unión. Por su parte, las iglesias ortodoxas consideran al Concilio Ecuménico como órgano supremo y único para las cuestiones de Fe y de disciplina eclesiástica. Por ello, encontrándose truncada su propia esencia desde los siete primeros concilios, el mundo ortodoxo se conmovió profundamente al anunciar Juan XXIII su intención de celebrar un Concilio Ecuménico.

Quizás ha sido el Patriarca Atenágoras de Constantinopla quien ha influido más de cerca en crear el clima de esperanza y deseo de la unidad, que venimos respirando en estos últimos años. En respuesta al primer mensaje navideño del Papa, saludó con alegría "cualquier llamamiento sincero a la paz proveniente de cualquiera y, muy especialmente, cuando este llamamiento proviene de un centro cristiano como el de la antigua Roma. Estamos sinceramente dispuestos a prestar positivamente nuestra colaboración, tanto en las organizaciones intereclesiales más amplias en las que participamos ya en completa colaboración, como en el aspecto de los contactos con la venerada Iglesia de Occidente... Hemos tomado conciencia del llamamiento a la unidad de las iglesias que Su Santidad, la Cabeza de la Iglesia de Roma, ha renovado y que saludamos fraternalmente como concepción clara de la necesidad de la reunión de las fuerzas espirituales que representan la Iglesia de Cristo, divinamente fundada". Este fue el primer signo de simpatía por parte del Patriarcado Ecuménico de Constantinopla, tras siglos de hostil silencio y abierta condena de la Iglesia Romana. Basta sólo comparar esta actitud con la adoptada por las iglesias ortodoxas ante la paternal invitación de Pío IX, con motivo del I Concilio Vaticano. Durante los últimos meses de 1959, el Patriarca Atenágoras, con motivo de su visita a los Patriarcas del Oriente Próximo, recibe al Patriarca Latino de Jerusalén, al Delegado Apostólico en Palestina, al Custodio Franciscano de Tierra Santa y a los Delegados Apostólicos en Beirut y en Constantinopla. Por el mismo tiempo, el Cardenal Spellman, Arzobispo de Nueva York, visita al Patriarca Atenágoras. Era la primera vez que un purpurado de la Iglesia Romana daba un paso similar.

Posteriormente, en el Mensaje de Navidad de 1960, el Patriarca Atenágoras recuerda con entusiasmo la visita del Arzobispo anglicano de Canterbury, Dr. Fisher, al Papa y aplaude la iniciativa de la creación del Secretariado para la Unión de los Cristianos, que preside el Cardenal Bea. Un enviado del Patriarca visita a Juan XXIII, primera visita al Papa de un obispo ortodoxo desde la conquista de Constantinopla por los turcos en 1453.

También entre los teólogos ortodoxos el anuncio del Concilio produjo una intensa conmoción. En CRISTIANDAD han aparecido ya resumidas sus impresiones. Sólo queremos recordar las opiniones de los teólogos rusos prof. Florovski, prof. Arseniev y prof. Smeman, todos ellos emigrados, y las de los griegos prof. Alivisatos y prof. Moustakis. Este último, en especial, procura suavizar cuantas cuestiones podrían ser motivo de disputa teológica. En el texto del *Filioque*, acepta su paridad con el *per Filium* griego; en los dogmas de la Inmaculada Concepción y de la Asunción, cita los textos litúrgicos bizantinos clarísimos a este propósito; en el problema del Purgatorio se refiere a la práctica de la oración por los muertos, genuinamente ortodoxa; finalmente en el problema del primado romano, reconoce el primado honorífico concedido de siempre por el Oriente a la Iglesia de Roma, desviando el mismo hacia una declaración colectiva del Episcopado y suavizando posiciones.

También reprodujo CRISTIANDAD las declaraciones del Arzobispo Jakovos, del Consejo Mundial de las Iglesias y representante del Patriarca de Constantinopla en América, así como las del Arzobispo Bashir, Metropolitano griego-ortodoxo de Nueva York y representante del Patriarca de Antioquía en América.

En términos favorables se expresaron los Patriarcas de Servia y Bulgaria y algo duros el Patriarca de Antioquía y los obispos ortodoxos de Grecia.

Pero la enorme influencia del Patriarca de Moscú se ha dejado sentir también en este campo. Los zares tenían ya el sueño o la esperanza de que el Patriarcado de Moscú debía ser el único sucesor del Patriarcado de Constantinopla, que durante largos años se encontró sometido a la opresión turca. En "Izvestia", órgano del Gobierno de la U. R. S. S. apareció el día 21 de junio de 1959 una escueta nota: "El Patriarca de Moscú considera el inminente concilio católico como un asunto exclusivamente romano-católico y por su parte no tiene razón alguna ni mucho menos intención de inmiscuirse en el mismo". Esta declaración aparecida en el órgano oficial del gobierno soviético fue reproducida por el boletín oficial del Patriarcado de Moscú, en su núm. 7 del año 1959, citando su procedencia de "Izvestia". En números siguientes del boletín del Patriarcado comenzaron a aparecer artículos insistiendo sobre los derechos de las iglesias autocéfalas locales, en oposición no sólo a la postura romano-católica sino incluso a la constantinopolitana. Las declaraciones del Arzobispo ruso Nikodim, portavoz del Patriarca Alexis de Moscú y director de la sección de relaciones exteriores del Patriarcado, han hecho hincapié en que Juan XXIII debe ir a tratar el problema de la unión en plan de igualdad. El Patriarca Alexis ha hecho repetidas alusiones a la Iglesia Católica en sus discursos definiéndola como un organismo de afianzamiento del sistema capitalista. En el Congreso Mundial Pancristiano de Praga, de junio de 1961, la Iglesia Católica fue condenada por anticomunista y por su identificación con el mundo capitalista. La petición de ingreso en el Con-

sejo Mundial de las Iglesias por parte de la Iglesia Rusa, seguida por las de Bulgaria, Rumania y Polonia, hizo sospechar claras intenciones políticas, en especial considerando la rotunda condena que del Consejo Mundial fue pronunciada en el Sínodo de Moscú de 1948. En mayo de 1961, el boletín del Patriarcado de Moscú decía: "El Patriarca de Moscú responde al Cardenal Bea: *non possumus*". En el número siguiente, se ataca al redactor de asuntos soviéticos de la "La Civiltà Cattolica". Finalmente, la actitud rusa presionó sobre la Conferencia Panortodoxa de Rodas, de septiembre de 1961, haciendo desistir al Patriarca Atenágoras de muchos de sus postulados. Es curioso destacar las cuestiones eliminadas del orden del día por las presiones de Moscú: Ortodoxia y Ciencia; los laicos en la Iglesia Ortodoxa; los medios para combatir el ateísmo e incrementar las misiones en el interior y en el exterior. Pero a pesar de la propaganda rusa no fueron aceptados por la Conferencia los puntos sobre el colonialismo y anti-colonialismo y otros slogans del gobierno soviético. Toda esta actitud es el pago a la mínima libertad de que goza dentro del régimen soviético.

* * *

Frente a todo este panorama del mundo ortodoxo, en el que la postura moscovita promovida por el Gobierno de la U. R. S. S. es la nota discordante, el mundo protestante ha contestado también a la paternal invitación de Juan XXIII.

Los órganos protestantes se mostraron en principio muy reservados. El Comité Ejecutivo del Consejo Mundial de las Iglesias, reunido en Rodas en agosto de 1959, declaró que seguía con interés el desarrollo de la iniciativa conciliar.

El libro más interesante aparecido sobre la doctrina luterana en torno al Concilio y la postura concreta frente al II Concilio Vaticano se debe al prof. Skydsgaard, de Dinamarca, titulado en su edición inglesa "The Papal Council and the Gospel", publicado a fines de 1961. El prof. Skydsgaard explica teología sistemática en la Universidad de Copenhague y es el encargado de las relaciones con la Iglesia Católica de la Alianza Mundial Luterana. El libro contiene importantes trabajos del prof. Dietzfelbinger, obispo luterano de Baviera, del prof. Kinder, catedrático de teología sistemática de la Universidad de Münster, del prof. Brunner, catedrático de teología de la Universidad de Heidelberg, del prof. Pelikan, catedrático de teología de la Universidad de Chicago, y de los profs. Linbeck y Pedersen, todos ellos destacados miembros de las iglesias luteranas alemanas y americanas.

Las revistas protestantes han ido publicando numerosos artículos sobre el tema, debidos a Asmussen, Baumann, Beckmann, Steck, Viering, Lackmann, Bourget, etcétera.

Pero la misma diversidad de confesiones protestantes hace difícil una exposición sistemática de sus distintas reacciones. La creación en junio de 1960 del Secretariado para la Unión de los Cristianos, en Roma, causó excelente impresión en los medios protestantes que deseaban contar con un organismo con sede en Roma, que mantuviera contactos con las iglesias nacidas al amparo de la falsa Reforma. Así lo expresó el Comité Central del Consejo Mundial de las Iglesias, reunido en Saint Andrews, en Escocia, en agosto de 1960: "d) el Consejo Mundial podrá encontrar la ocasión de presentar al nuevo Secretariado ciertos puntos fundamentales expresados en la Asamblea o en el Comité Central, por ejemplo, sobre la libertad religiosa, sobre la acción social cristiana".

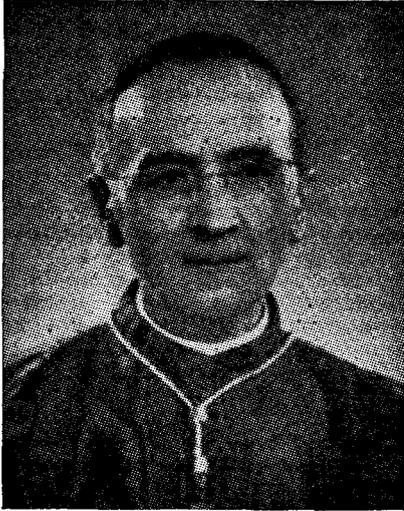
En síntesis, los protestantes desean que en el Concilio se ofrezca una noción de Iglesia y de unidad tal, que aun en sentido católico, permita una justificación teológica de la existencia de las iglesias protestantes. Aun tolerando que la Iglesia Católica afirme ser la verdadera y única Iglesia de Cristo, desean que esta afirmación justifique, en sentido católico también, la existencia de otras iglesias, al lado de la Iglesia, participando en cierta forma de su unidad. Otros desean que en la noción de Iglesia se resalte la presencia de Cristo Señor único en medio de la misma. Quieren que la Iglesia no sea considerada al lado de Cristo, sino estrechamente ligada al mismo Cristo. La mayoría quieren que se ponga en mayor relieve la colegialidad de la Iglesia y que se aclare el concepto de la infalibilidad pontificia, todo ello con el fin de que resalte más la Iglesia de los Obispos y no sólo del Papa. Desean asimismo que se afirme la importancia y la función de los laicos en la Iglesia y se lamentan de que en las Comisiones Preparatorias del Concilio la presencia de los laicos sea nula.

Estas son, de forma muy general, las sugerencias aparecidas en los libros y revistas protestantes en estos últimos años. De su examen podemos deducir que no conocen la realidad católica en su verdadera naturaleza, sino a través de una mentalidad que les impide ver los verdaderos significados y las verdaderas intenciones de la única unidad cristiana.

* * *

Al margen de todo ello, las comisiones preparatorias del Concilio siguen laborando. La Comisión Central ha reunido dos veces a sus miembros en el espacio de un mes: desde fines de febrero a principios del corriente abril. Estas son ya la cuarta y quinta reunión. De las reuniones anteriores ofrecimos una referencia en las páginas de *CRISTIANIDAD* (vid. núm. 372, año XIX). En nuestro próximo número ofreceremos un resumen de estas últimas sesiones.

Florencio ARNAN Y LOMBARTE



EL NUEVO CARDENAL

HILDEBRANDO ANTONIUTTI

Con motivo de la incorporación al Sacro Colegio Cardenalicio del que hasta ahora fue Nuncio del Papa en España, nos complacemos en publicar un fragmento del discurso que pronunció en el acto de la imposición de su birreta, perfecto resumen de la alta misión del Nuncio en la Iglesia.

En esta grata ocasión hacemos votos para que S. Em. pueda seguir rindiendo, en su nueva dignidad, los más óptimos servicios a la Iglesia de Cristo.

Ad multos annos.

LA MISIÓN DEL NUNCIO

El nuncio tiene la obligación de ser, ante todo, un hombre de Dios, para representar al Papa, proteger los intereses de la religión, defender los derechos de la Iglesia y asegurarle la debida libertad.

Obrando así, el nuncio sirve no sólo a la Iglesia, de la que es ministro, sino a la misma nación donde es enviado, porque la Iglesia no desea otra cosa que el bien de los pueblos, tanto en el orden religioso y moral como en el civil y social o en el plano de la cultura y de la educación.

En todos los países, los nuncios que ostentan la representación del Soberano Pontífice, no son simples agentes diplomáticos, celosos de defender tan sólo los intereses de la potencia que les envía, sino que son también defensores y servidores del pueblo del país donde se encuentran. Trabajando para asegurar a la Iglesia el lugar que le corresponde en los diferentes dominios, los nuncios ayudan al mismo país en las cuestiones que se hallan conexas con la religión, pues conviene recordar que la religión es una fuerza viva que debe orientar todas las energías, penetrar en todos los ambientes, iluminar las inteligencias y cooperar de este modo al verdadero progreso y a la prosperidad de la nación.

COMO SE PIERDE UN CONTINENTE

El jesuita francés, P. J. Dubois, después de un viaje de atenta exploración por Hispanoamérica, nos comunica sus impresiones. Su lenguaje es equilibrado; pero nosotros al leerlas sacamos de ellas inevitablemente la idea de que un continente entero se está hundiendo... ¡y los católicos europeos lo contemplamos despreocupados!

La UNIAPAC me encargó dar una vuelta por Sudamérica, con el fin de visitar nuestras asociaciones de dirigentes católicos de allí, y alentar las nuevas instituciones. Al fin de mi viaje tenía que asistir al primer encuentro de las asociaciones sudamericanas, como preparación de nuestro Congreso Mundial en Santiago de Chile.

Este viaje, preparado con dos años de estudio y con multitud de contactos con amigos de la América Española, me permitió relacionarme con centenares de personas de los ambientes rurales, obreros, patronales; he podido tratar con sindicalistas, con dirigentes de diversas obras, con hombres políticos y representantes del clero y de la jerarquía. Estos contactos serían tal vez superficiales, si se tratara de una discusión después de la Conferencia; pero resultan más profundos en las conversaciones personales, más largas y a veces repetidas durante varios días.

¿Se pueden sacar impresiones de conjunto de todos esos contactos? Evidentemente es cosa temeraria hablar de Hispanoamérica — un continente — sin hacer las necesarias distinciones entre los diferentes países.

Con todo, al paso que iba prosiguiendo mi viaje, sentía formular críticas, subrayar ciertos problemas o adelantar propuestas que volvían continuamente, fuese cual fuese el ambiente en que me movía, y que todos tomaban como temas de fondo, estribillos comunes a todos los pueblos.

Cuando se ha conocido un poco a América Hispana y especialmente a los amigos que viven en ella, no puede uno por menos que admirar las virtudes profundas del pueblo hispanoamericano: su espíritu de sacrificio, su sentido innato de la justicia y de la solidaridad fraterna. Añadiré que tengo en esas naciones amigos queridísimos, que me han edificado y conmovido con su humildad, su desinteresada entrega y su adhesión a la Iglesia.

Lo que diga de ciertos aspectos superficiales del catolicismo de aquel continente no ha de hacer perder de vista a estos cristianos, sacerdotes y seglares, inteligentes, finos, sensibles y animosos, ricos de una fe auténtica, aunque desconcertante. Pero hay también otros motivos que me impulsan a intentar, en cuanto me sea posible,

responsabilizar a nuestros ambientes por los problemas de Hispanoamérica. Este continente tiene una palabra definitiva que decir en el porvenir del mundo y de la Iglesia. Monseñor Larrain — una de las mayores figuras del episcopado chileno — resume así las varias razones que han de suscitar nuestro interés: *“Me atrevo a afirmar aún más: que la supervivencia del mundo occidental está subordinada a la plena integración en él de la América Española. Ningún psicólogo que mire con amplitud el porvenir del mundo deja de ver la importancia política creciente de los pueblos de color. La solidaridad afroasiática es un hecho de consecuencias históricas incalculables. Europa y Norteamérica tienen necesariamente que ver frente a este hecho, la existencia de un continente, Hispanoamérica, de cultura occidental que posee el desarrollo demográfico más alto del mundo y que se encuentra frente a una evolución industrial rapidísima, que está al borde de cambios sociales insospechados, y que ofrece tanto por su fondo histórico como por el dinamismo pujante de pueblo joven, riquezas incalculables para lo futuro del linaje humano”*.

¿Hemos de aducir algunas cifras para probar esta afirmación? En 1950 Hispanoamérica contaba 160 millones de habitantes; actualmente tiene casi 200 millones. Hacia 1980 tendrá 300 millones y en 2000 serán probablemente de 500 a 600 millones; el doble de América del Norte. Y las estadísticas de Propaganda Fide nos dicen que actualmente los fieles de América Hispana constituyen un tercio de toda la Catolicidad, y por este vertiginoso aumento demográfico en el año 2000 debería ser casi la mitad. He aquí la carta que está en juego más allá del Atlántico.

El cuadro que estoy trazando no es idílico. Muchas sombras oscurecen el hermoso panorama. Querría que mis lectores no se deslumbraran; lejos de mí, en esta relación, la idea de tirar la piedra contra alguien. Mucho menos es mi intención distribuir responsabilidades. América Hispana tiene un mensaje para toda la Cristiandad. Representa hoy una desesperada concentración de problemas que son comunes a toda la Cristiandad, incluso en nuestro mundo occidental. Ante la gravedad de estos problemas, Hispanoamérica nos fuerza a que nos demos cuenta de nuestros privilegios (¿por cuánto tiempo aún?),

de los peligros que nos amenazan y de nuestras responsabilidades.

EL NUDO DEL PROBLEMA

Dejando aparte a sabiendas los aspectos económicos y políticos de la situación, me ceñiré a algunas indicaciones, forzosamente incompletas, en el plano religioso, social y psicológico. Mi primera impresión se podría formular así: una profunda ignorancia del catolicismo y de sus valores. Como decía al Congreso de Lucerna el cardenal Siri, protector de nuestra Asociación: "Las flaquezas de una comunidad cristiana dependen siempre, ante todo, de una falta de doctrina".

¿El prodigioso esfuerzo doctrinal de Pío XII no tendría quizás a este fin: despertar la conciencia cristiana e iluminar con la enseñanza de la Iglesia? Ahora bien, en Iberoamérica se repite por doquier la misma queja: "¡Estamos sin formación!" ¿Por qué? Las causas son muchas. Las indicaremos sumariamente y esto bastará para darnos cuenta de la gravedad del problema.

1) *El analfabetismo.* En el continente se encuentra una media de analfabetos que va del 35 al 40 por ciento. Según las estadísticas de la ONU va del 13,6 por ciento en la Argentina, al 50,6 por ciento en el Brasil, hasta el 87,8 por ciento en Haití. Veremos luego el notable esfuerzo desarrollado por los católicos para hacer desaparecer este obstáculo a la evangelización.

2) *La escasez de sacerdotes.* Italia sola tiene un número de sacerdotes (61.000) casi el doble que América Hispana (38.570); Bélgica tiene casi la mitad (16.000); España casi los mismos, (32.000). En cuanto a religiosos, Hispanoamérica es inferior, en total, de los de Francia, equivalente a la mitad de los de Italia y no llega al doble de los de Bélgica.

América Hispana comprende el 33 por ciento de todos los católicos del mundo, y sólo el 8,4 por ciento de los sacerdotes; mientras Europa con el 48 por ciento de los católicos tiene el 66 por ciento de los sacerdotes de la Cristiandad. Los Estados Unidos y el Canadá juntos tienen el 8,3 por ciento de los católicos y el 15,6 por ciento de los sacerdotes.

Se les ha de ver a aquellos sacerdotes perdidos en parroquias de 30.000 e incluso de 50.000 almas, donde están ellos solos para bautizar, celebrar casamientos, funerales, visitar los enfermos, enseñar el catecismo, aconsejar y ayudar a todos: se les ha de ver para rendir homenaje a su entrega y diría heroísmo. Y no hablemos de los sacerdotes aislados en la campiña o en los Andes, con territorios inmensos por evangelizar, sin medios de comunicación, constreñidos a viajar a lomo de mula. En semejantes condiciones ¿cómo se puede anunciar la buena nueva y trabajar en profundidad?

PREPARACION DE LOS SEGLARES

Hay un medio poderoso, como al principio de la Iglesia y a lo largo de su historia: la participación de los seglares en el apostolado. Debemos confesar francamente que aquí tropezamos con grandes dificultades: el seglar, en muchas regiones, por lo general no está preparado para una verdadera colaboración apostólica, no se recurre lo bastante a él para que asuma obligaciones de las que podría exonerar al sacerdote y para las cuales sería apto; pero, dada la inmensidad de la empresa, son demasiado pocos los seglares que han entendido cual es su cometido en el desenvolvimiento de la vida de la Iglesia. Para muchos la religión es... el oficio de los clérigos.

Esto también se puede decir de los pueblos del cristianismo antiguo. Demasiados cristianos no han entendido que pertenecen al Cuerpo Místico, por lo que no podemos ser cristianos si no somos también misioneros. Por esto, en los pueblos de América, la falta de sacerdotes justifica la urgencia de la llamada a los seglares para que se den cuenta de su maravillosa misión. A pesar del influjo de los sacerdotes extranjeros, y del aumento de vocaciones sacerdotales, la presión demográfica es tal que no se puede esperar colmar el vacío; éste por el contrario está destinado a aumentar. Nos vemos obligados a pensar en nuevas formas de pastoral en las que el puesto de los seglares será cada día más amplio, y pedimos ardientemente que el Concilio, inspirado por el Espíritu Santo, tome medidas oportunas para resolver este terrible problema.

En fin, y aquí tocamos el punto culminante de nuestro tema, demasiados cristianos no consideran el catolicismo como un "valor". El marxismo está envenenando a la América Española, se infiltra taimadamente por todas partes, pero está presente sobre todo en las universidades y en los sindicatos. Todas las universidades de Hispanoamérica, incluso las universidades católicas, sufren infiltraciones. Las facultades de Derecho y las de Ciencias Económicas y Sociales están invadidas por profesores y estudiantes comunistas. ¿Por qué la juventud estudiantil se siente influida por esa atracción tan extraordinaria? Tengo para mí que es necesario librarnos de cierta concepción infantil del marxismo; los esquemas simplistas, que reducen los adversarios a dimensiones ridículas, corren el riesgo de inspirarnos una falsa seguridad. Por el contrario, el problema es muy complejo. Y es cierto que un anticomunismo puramente negativo conduce al fracaso.

El marxismo es ante todo una ideología en extremo coherente, que pretende reducir el hombre y su destino al movimiento de la historia. El marxismo es lo que los alemanes llaman un *weltanschauung*, una concepción del universo que da al individuo un valor personal en razón del puesto que ocupa en la sociedad. El individuo en-

cuentra su razón de ser en la comunidad. Nosotros sabemos qué se ha de pensar “de esta razón de ser” que parece más bien semejante a un aniquilamiento. Pero, sea cual fuere el error doctrinal, yo creo que su influjo en los jóvenes universitarios proviene principalmente de que ofrece una respuesta a su exigencia de una síntesis coherente que dé (según ellos) un sentido y un valor a la vida de este mundo: construir la ciudad terrena sin recurrir a un “más allá” trascendente, que ellos niegan; los jóvenes comunistas están persuadidos de que el hombre se hace más persona y se inmortaliza cumpliendo la obra “social”.

Ahora bien, exceptuando algún individuo extraordinario, por desgracia poco frecuente, el católico no parece tener respuesta satisfactoria a esta exigencia. Para muchos que pertenecen a la llamada clase dirigente, la religión está reducida a un conformismo sociológico, a un moralismo simplístico; ser católico significa con demasiada frecuencia practicar más o menos fielmente ciertos ritos, acompañados por una piedad sincera si, pero individualista, y observar los preceptos de la moral — reglamento que dista mucho de la moral cristiana y de su exigencia radical de respuesta a la llamada de Dios en la Iglesia. Estos cristianos, aún bien intencionados, arrastran a lo largo de su vida una religión que es más bien carga que liberación. Para éstos el Catolicismo se presenta como un cuadro sin figura que atraiga, que salte y que se preste a poseerla personalmente.

La juventud rechaza esta caricatura de religión, en la que nada encuentra que remedie su preocupación esencial: construir la sociedad de mañana. Como me refería un eminente eclesiástico, en la base de esta concepción existe con frecuencia, en muchos cristianos, una falsa teología. Se ha colocado un dualismo total entre el mundo y la Iglesia, entre la materia y el espíritu.

Demasiados católicos están del todo ausentes del mundo que se ha de rehacer. En las instituciones internacionales este fenómeno se nota a ojos vistas: no existe la levadura en la masa. Y esto a pesar de las repetidas llamadas de la Iglesia. Aun después de la invitación de la reciente encíclica social que exhorta a los cristianos a entrar en las organizaciones útiles al bien de la sociedad.

Por esto, de paso por lo que se refiere a la UNIAPAC, quiero saludar a esos admirables hombres que se sacrifican en nuestras Asociaciones de la América Española. Ellos se han hecho cargo de la urgencia de la difusión de la doctrina social de la Iglesia. Porque esta parte especial de la moral cristiana, fundada en la ley natural y en el conjunto de la revelación, es precisamente la que dará al cristiano su plena dimensión social. Ahora, el drama — y la palabra no es de hecho exagerada — está en que frente al hombre-marxista, totalmente inclinado hacia la sociedad, el hombre-cristiano responsable en el mundo económico y social está muy frecuentemente desarmado, ignora la doctrina social de la Iglesia. Estos

hombres, bajo el aspecto religioso-social no son adultos, son niños; y esto vale no sólo para la América Hispana.

Por este motivo se entiende la admiración que suscitan esas auténticas personalidades cristianas que allí he encontrado, que trabajan en el campo social con una fe, una caridad y una esperanza indefectibles. Pero no se puede ser cristiano “adulto” sin una verdadera dimensión social. Y esta dimensión social se adquiere sólo por el estudio y con la aplicación de la doctrina social de la Iglesia. Más aún que una preparación psicológica, una disposición previa de la inteligencia y del corazón: conviene tener el coraje de la verdad hasta el extremo.

EL MIEDO A LA VERDAD

Una segunda impresión recogida en mi viaje por Hispanoamérica: muchos católicos viven en una ilusión; tienen miedo de la verdad, y sobre todo de la verdad que implica una acción eficaz.

¿Cuál es esta ilusión?

La burguesía católica vive replegada en sí misma. En nuestras naciones se ha llegado a hablar incluso de *ghetto* católico. No querríamos exagerar, pero sigue siendo verdad que en muchos hay una gran ignorancia de cuanto acontece fuera de nuestro ambiente. Cuando se habla de una gran capital de Hispanoamérica, en la que la práctica dominical reúne sólo el 9 por ciento de los fieles bautizados, y se dice que en las campañas sólo del 3 al 5 por ciento está presente a las prácticas religiosas semanales, algunos levantan los brazos al cielo y no admiten el rigor de los números. Es la política del avestruz. Antes de dar la solución, conviene conocer el problema, sin prejuicios, con sincera objetividad, bajo todos los aspectos, por más crudos y desagradables que sean.

Pongamos un ejemplo: El famoso problema de la Reforma Agraria, que enloquece a la América Hispánica y es el tema favorito de Fidel Castro. Algunos no quieren entender razones y creen que, desde el momento que las cosas siempre han sido así, así han de ir para siempre. Yo no sé cómo se deberá ejecutar la reforma agraria. No basta ciertamente distribuir las tierras: el problema es mucho más complicado, se ha estudiado cuidadosamente y se deberán aplicar soluciones convenientes según los pueblos. Pero sé que cuando se encuentran en una nación 500 mil campesinos sin tierra y 500 mil campesinos en posesión de tierras exhaustas por falta de fertilizantes, y sin dinero para comprarlos, y que frente a este millón de hombres necesitados, muchas veces desnutridos, hay 29 mil señores que poseen el 65 por ciento de las tierras y que apenas se cultiva el 1,8 por ciento de algunas propiedades de más de 2 mil hectáreas, pienso que estos 29 mil propietarios están sentados sobre un barril de dinamita que puede saltar por los aires de un momento a otro. No lejos de ellos ha sucedido ya.

MOTIVOS DE ESPERANZA

A pesar de todo me complazco en subrayar que la América Española nos da ejemplo y desarrolla una obra de adelantado. El CELAM (Consejo Episcopal Latino Americano) es el primer órgano coordinador de ámbito continental que funciona en la Iglesia. Nos encontramos aquí un mundo en plena evolución. Quizás se dirá que esto vale también para África y Asia. La diferencia está en el hecho de que esta vez se trata de un mundo católico, con instituciones cristianas, y esta revolución de estructuras antiguas nos obliga a pensar de nuevo en el problema. El Rvdo. B. Houbart, director del centro de sociología religiosa de Bruselas, nota justamente que en esos países el catolicismo se presenta con valores fundamentales depositados en el alma del pueblo. La fe permanece profunda y conmovedora. Estos valores han podido ser transmitidos hasta hoy a pesar de la falta de sacerdotes, de la ingerencia política y del liberalismo enciclopédico, gracias a estructuras sencillas, a los canales de transmisión, de tipo rural y patriarcal o matriarcal, de población o de simples grupos.

Ahora bien, precisamente estos canales de transmisión de la fe están cambiando. Se pasa de la sociedad rural a la concentración urbana (sólo el 50 por ciento de la población es rural) y asistimos a una rápida transformación de la familia por lo que hoy ya no tiene lugar la transmisión automática; se puede ser colombiano o cubano sin ser católico, cosa inconcebible en tiempos pasados. En las grandes ciudades, además del movimiento constante de la población, se van formando nuevos centros sociales (universidad, sindicatos, cooperativas, escuelas de formación de todo género, etc.), que son al mismo tiempo centros de desecristianización. Añádase la presión democrática de la que hemos hablado arriba y se entenderá el esfuerzo del CELAM para encontrar las formas de pastoral adaptadas a estos problemas.

Cuando se contempla el prodigioso desarrollo de obras cristianas en Hispanoamérica, queda uno inevitablemente sobrecogido de admiración; pienso en la Radio Sutaenza, obra de don Joaquín Ramón Salcedo, en los centros de sociología religiosa, en los centros de investigación y de acción social, en los sindicatos cristianos y en las asociaciones de dirigentes, en los movimientos familiares en la Acción Católica y en otras mil iniciativas que podría citar. Pero por otra parte, al comprobar esa inmensa empresa, no puede uno menos que repetir con el

Señor: “¡Los operarios son pocos!” Se necesitan hombres y medios poderosos porque el tiempo apremia y el comunismo gana terreno. Pero así que un enviado del Señor llega al puesto, puede obrar maravillas entre esos pueblos de profunda fe.

La ayuda exterior también es necesaria. España, además de enviar muchísimos misioneros religiosos, ha fundado recientemente la Obra de Cooperación Sacerdotal Hispano Americana y Bélgica tiene un seminario para la América Española que han enviado ya centenares de sacerdotes. Estados Unidos y Canadá han hecho también alguna aportación. Son muchos los seculares, sobre todo españoles, que ofrecen su ayuda. La I. R. F. E. D. en Francia, el Graal en Holanda, forman técnicos de los que tanto necesita América. Alemania ha destinado a América Hispana una parte de las colectas cuaresmales de la “Misereor”. España tiene su asociación misionera secolar, la OCASHA y otras que han aportado un buen contingente de misioneros seculares a las 20 naciones hijas suyas.

Para terminar, no puedo hacer cosa mejor que citar una vez más a Mon. Larrain: *“El Papa Pío XII, al llamar la atención del mundo cristiano sobre el problema de África, en su encíclica Fidei Donum hacía también especial mención de las necesidades de la América Española, porque como bien se ha notado, si un África no cristiana significaría una partida no ganada, la América Española es un tercio de la cristiandad que puede perderse.”*

“La América Española tiene una palabra decisiva que decir en el mundo de hoy y en el de mañana. En el reloj de la Historia está sonando su hora. Pero eso exige la fidelidad a su vocación cristiana. De esta fidelidad son responsables los hispanoamericanos, pero también todos los católicos. Hay que contemplar este problema y abarcar la visión de Hispanoamérica y el mundo actual en una visión conjunta de la Iglesia y del mundo futuro.”

Por lo que a España se refiere, vendrá bien lo que muchas veces repitió S. S. Pío XII a uno de sus embajadores: *“España tiene todavía una misión de maternidad espiritual sobre América. España no puede faltar a este deber”* y el mismo embajador añade: *“Me lo dijo, no una, ni dos, ni tres veces, y después lo ha repetido bien públicamente con ocasión del Congreso Eucarístico de Río de Janeiro”*

J. DUBOIS, S. I.

PERSECUCIONES RELIGIOSAS EN LA URSS

Distintas informaciones, algunas oficiales, y otras de cuyas fuentes no hay que dudar por ser absolutamente seguras, dan cuenta de una nueva ola de persecuciones religiosas en la U. R. S. S., cuya violencia sólo podría compararse a la de los años 1929-30. Hablando con propiedad, las persecuciones jamás han cesado, a excepción tal vez del corto período de 1955 a 1958. La Iglesia ortodoxa aprovechó esta tregua para afirmar sus posiciones: decenas de obispos y de sacerdotes, liberados de los campos de concentración, reemprendieron su ministerio; numerosas iglesias se abrieron de nuevo al culto; las ediciones del Patriarcado obtuvieron autorización para publicar la Biblia, un breviario, el primer fascículo de una revista teológica; los seminarios se engrandecían; la frecuencia a los oficios y la participación de sacramentos, según constatación de los mismos dirigentes de la propaganda antirreligiosa, habían aumentado considerablemente...

El brusco recrudescimiento de la política gubernamental se explica en parte por ese desbordar del sentimiento religioso fuera de los límites previstos, y en contradicción flagrante con el paso del socialismo al comunismo anunciado con tanto estrépito. Algunos creen que desencadenándose contra la Iglesia, Kruschef quería disculparse de la acusación de revisionismo lanzada contra él por numerosos comunistas.

Los ataques contra la Iglesia Ortodoxa, al principio discretos, se han intensificado progresivamente, para alcanzar estos últimos meses una amplitud tal que la existencia física de la Iglesia parece estar de nuevo amenazada.

Al lado de una propaganda antirreligiosa desenfrenada, a pesar de lo cual resulta poco operante, las autoridades soviéticas han recurrido actualmente a medidas administrativas, formalmente condenadas por Kruschef en 1954, y se procede de modo sistemático a la destitución de sacerdotes, cierre de iglesias, monasterios, seminarios, etc. Esta campaña de medidas administrativas afecta principalmente, aunque no únicamente, a las regiones anexionadas a la URSS después de la última guerra que en cierto modo las habían evitado hasta ahora, y las que habían sido ocupadas por el Eje, y que gozaron por este hecho, durante dos o tres años de una relativa libertad religiosa.

La cifra global de iglesias cerradas al culto en el curso de estos dos últimos años llega a las 2.000, o sea un 10 por ciento de todas las iglesias ortodoxas de la URSS. La *Komsomolskaia Pravda*, órgano de las juventudes comunistas (14 junio 1961) ha hecho públicos los resultados de la campaña antirreligiosa en ciertas regiones occidentales de la URSS: 40 iglesias han sido cerradas en la

región de Tcherkassy, 180 en Volhynie. De fuente segura, sabemos que sólo en Ucrania el número de iglesias cerradas hace ya más de un año superaba las 600. Acabamos de saber que durante el verano de 1961, 12 iglesias entre 20, han sido cerradas en Odesa, 8 sobre 12, en Rostov junto al Don, 15 en Kiew...

Para dar cierta apariencia de legalidad al cierre de las iglesias, las autoridades soviéticas han puesto de nuevo en vigor uno de sus procedimientos clásicos: sofocar a las comunidades religiosas a copia de impuestos. Estos impuestos se han elevado a un 80 por ciento sobre el salario de los sacerdotes con efecto retroactivo de ¡¡diez años!!... Las parroquias que no pueden satisfacer estos impuestos son declarados faltas de vida y clausuradas; otro procedimiento consiste en retirar al sacerdote, por una u otra razón, el derecho a ejercer su ministerio o su autorización de residencia. La parroquia privada así de servicio se convierte en presa fácil para los comandos de activistas que se precipitan a cerrar la iglesia y convertirla en un club de juventudes, y muchas veces a volarla con dinamita. En algunos casos, sindicatos y komsomoles se dirigen a las autoridades locales con la firma de la casi totalidad de sus miembros: la iglesia entonces se cierra "a petición del pueblo"... Los incidentes sin embargo son numerosos: el más espectacular tuvo lugar en Kiew, donde las mujeres, durante una semana, se atrincheraron en la gran catedral de San Andrés para impedir su clausura. Expulsadas *manu militari*, las jóvenes fueron destinadas a roturar tierras y las ancianas encerradas en un asilo psiquiátrico. Los sacerdotes, privados de su ministerio, no tienen otro recurso que la mendicidad; fábricas y empresas, dudan, por temor a las autoridades, en colocar estos antiguos "servidores del culto".

Según una estadística oficial comunicada hace aproximadamente seis meses por el Patriarcado de Moscú al Consejo Mundial de las Iglesias, 27 de los 67 monasterios existentes en la URSS han cesado en sus actividades. Un folleto antirreligioso titulado *Las tinieblas y sus servidores* (Kiew, 1960) y un reciente número del periódico *Ciencia y Religión* (9-1961) dan algunos detalles concretos sobre esta ofensiva contra la vida contemplativa. Han sido cerrados en Moldavia los conventos de mujeres de Kirov, Retchoul, Vasarecht, Tabor (en total 300 religiosas, devueltas a producción), los monasterios de hombres de Dobrouj, Gerbovetz, Balta, etc...; en Ucrania los conventos de Ovroutch, Dombkov, Goustyn, Dniepropetrovsk, Odesa, de la Introducción de la Virgen en Kiew, etc... Las tres grandes Lauras, frecuentadas por decenas de millares de fieles, se mantienen todavía, aunque ásperamente atacadas por la prensa. De todos

modos la ermita contigua a la Laura de Potchaiev ha sido suprimida y las grutas de la Laura de Kiew no son accesibles a los fieles, oficialmente por causa de restauración.

El más grande peligro para la Iglesia es sin duda la clausura de las escuelas teológicas. De entre los ocho seminarios reconstruidos después de la guerra, tres: los de Kiew, Stavropol y Saratov, han tenido que cerrar sus puertas. Las autoridades crean obstáculos diversos a fin de paralizar el reclutamiento en los seminarios que aún se han salvado: persecuciones dirigidas contra los sacerdotes que dan instrucciones a quienes desean ingresar en un seminario (1), llamada a filas de los presuntos seminaristas antes de la edad, negación de conceder permiso a los seminaristas que han ido de vacaciones para volver al seminario, etc. Todas estas medidas han producido una ola de apostasías que, dadas las circunstancias, hay derecho a sospechar de su espontaneidad. En total parece que unos cincuenta sacerdotes y seminaristas han apostatado. Desde 1960 el Patriarcado ha creído necesario reaccionar, excomulgando a los apóstatas... (2)

A diferencia de los años 1929-1930 y 1937-1939, las autoridades no proceden en forma de arrestos y deportaciones masivas. Sin embargo, la prensa soviética se hace eco cada vez con más frecuencia de los procesos intentados contra eclesiásticos. En 1960 el arzobispo de Kazan Job (Kressovitch) fue juzgado y condenado a tres años de prisión por impuestos no pagados, no haber leído una llamada del Movimiento de la Paz, actitud ambigua sobre la ocupación, y actividad pastoral demasiado extensa (*Izvestia*, 8 julio 1960).

El arzobispo de Tchernigov, Andres Soukhenko, acaba de ser condenado a ocho años de prisión. Al obispo de Tachkent y Asia Central, Hermogenes (Goloubev) le ha sido designado como residencia el monasterio patriarcal de Odessa por haber intentado contestar, primero por medio de la prensa y después por medio de una pastoral, a las calumnias de que era objeto por parte de la prensa soviética.

Según las más verosímiles apariencias han sido recientemente arrestados el metropolitano de Minsk, Antonio Krotevitch, el obispo de Kostroma, Donato Schegolev y uno de los vicarios del patriarca, el obispo de Mojaïsk Esteban Nikitine. No han asistido a la reunión de los Obispos de 1961 y las sillas que ocuparon han recibido nuevos titulares. El párroco de una de las dos parroquias de la ciudad industrial de Hagnitogorsk ha sido condenado a tres años de prisión después de un retiro de niños que acababan de ser bautizados. Un periódico local refiere que un joven sacerdote de Lichoslavl (región de Kalinine), Boris Anisinov, ha sido severa-

mente condenado por haber, mediante sus padres, atraído algunos jóvenes a la iglesia (*Frounzevets*, 13 febrero 1960). Los seculares son objeto de múltiples presiones. Los peregrinos y los vagabundos son detenidos y condenados a trabajos útiles como elementos parásitos...

Los órganos del Partido han intensificado la propaganda individual sobre los creyentes. En Bijsk (Siberia) un joven cristiano de 30 años, llegó hasta matar a un vecino que quería persuadirle a abjurar de la fe. Fue pasado por las armas (*Ciencia y Religión*, 10, 1961).

Otra de las medidas más terribles aplicadas en estos últimos tiempos va destinada a destruir las familias cristianas: los padres que persisten en querer dar una educación religiosa a sus hijos a pesar del "aviso" de la escuela y del "komsomol" local son desposeídos de sus derechos de paternidad y expuestos a procesos públicos durante el cual los hijos pueden elegir entre sus padres y la sociedad. (3)

El Patriarca Alexis, en un valiente discurso pronunciado en una conferencia sobre el desarme en febrero de 1960 en Moscú, hizo alusión a los ataques hechos a la Iglesia. (4) Parece que dentro del Patriarcado hay cierta división sobre la actitud a adoptar ante las persecuciones. Algunos piensan que la Iglesia es suficientemente fuerte para tomar actitudes ante el gobierno soviético. Otros, más prudentes, preferirían que la Iglesia "hiciera el muerto" en espera de días mejores. El Patriarca, activo a pesar de sus 84 años, está desanimado al ver su lealtad, completamente al margen de la política soviética, tan mal pagada y parece más inclinado hacia la firmeza. Acaba de destituir al metropolitano de Leningrado Gourij Egorov, acusado de haber cedido, sin haber opuesto resistencia, la residencia episcopal de Leningrado. Desde hace dos años el principal cuidado del Patriarca parece que consiste en confiar los puestos de dirección a obispos jóvenes, a la vez más sutiles y más enérgicos que los viejos obispos, demasiado blandos o demasiado rígidos. Pero los cristianos, en su mayoría, se dejan llevar un tanto del pesimismo... Sólo la fe en los supremos destinos de la Iglesia les sostiene: "Estaré con vosotros hasta el fin de los tiempos" y "las puertas del infierno no prevalecerán contra Ella". Estas dos promesas del Nuevo Testamento constituyen principalmente el fondo de una serie de artículos publicados por la *Revista del Patriarcado*.

Los responsables del Partido no hacen misterio sobre el fin que persiguen: abatir físicamente a la Iglesia en el término de veinte años que permitirá la formación del hombre nuevo. El Consejo encargado de las relaciones con la Iglesia ortodoxa es desde luego llamado por el pueblo "Consejo encargado de la liquidación de la Igle-

(1) Estas persecuciones han conducido al Patriarcado a modificar el procedimiento de certificado de los postulantes a los seminarios de modo que éstos sean presentados por los obispos diocesanos. Cfr. *Revista del Patriarcado*, 2, 1961.

(2) *Revista del Patriarcado*, 2, 1960.

(3) "Lida, querida mía, vuelve a nuestra casa... Ten piedad de tu madre que queda sola... Los labios de la niña temblaban, pero no dejaron salir la palabra decisiva." Cfr. en colección "Hemos roto con la religión", Moscú, 1961, págs. 232-233.

(4) Cfr. traducción francesa de este discurso en *Le Messager orthodoxe*, III-IV, 1960.

sia ortodoxa". Falta saber si las autoridades llegarán hasta el fin en este camino. El gobierno anima la participación de la Iglesia en las reuniones interortodoxas o ecuménicas (Rodas, Nueva Delhi). Una liquidación total de la Iglesia, lo que no sería, puesto que ya se hizo en 1939, ¿no llevaría consigo el riesgo de perjudicar el buen nombre del gobierno soviético respecto a la opinión mundial?

Pero los servicios de propaganda soviética son maestros consumados en el arte de desviar con señuelos la opinión pública. En 1958, en el momento en que se desencadenaba la nueva campaña contra la Iglesia, el gobierno incitaba al Patriarcado de Moscú a publicar simul-

táneamente en *siete* lenguas una lujosa obra que describía con todo detalle la floreciente situación de la Iglesia en la URSS... (5)

En estas últimas semanas Kruschef multiplica las actitudes de conciliación con el Vaticano. En su labor, la propaganda soviética tiene una gran ayuda con la pereza de Occidente para informarse. Es sintomático que la gran prensa francesa no destine en sus columnas un espacio, aunque sea modesto, a la nueva ofensiva contra la religión en la URSS.

La significación de esta ofensiva sobrepasa el cuadro estrictamente religioso. Parece manifestar que la reciente actitud de desestalinización no hace en realidad sino disfrazar una vuelta a los más auténticos métodos estalinianos.

NIKITA STRUVE

(de la revista "Esprit", marzo 1962)

(5) *L'Eglise orthodoxe russe. Organisation, situation, activite*, Moscú, 1958, pág. 232. Numerosas ilustraciones.

LOS MARTIRES, TESTIMONIO DE LA VITALIDAD DE LA IGLESIA

Es precioso poder unir las memorias de los santos más recientes a la de los santos antiguos. Esto quiere decir que la Iglesia permanece siempre igual en el cumplimiento de su sobrenatural y excelsa misión. La Iglesia está siempre en perfecta madurez, en perenne juventud llena de entusiástica vitalidad para realizar sus tareas. Mirando al pasado, al presente y al futuro encontramos siempre manando la fuente de la Sangre de Cristo y bajo la Sangre de Cristo, millares y millares de almas que han escuchado y viven su mensaje, están compenetrados de su gracia, y quieren obrar e imitarlo, coronando con frecuencia sus obras con la suprema inmolación.

Todos nosotros, si queremos enriquecernos con los verdaderos bienes de la vida, de camino hacia la eterna beatitud, debemos aceptar y secundar siempre los deseos

del Señor, esforzarnos en reproducir en nosotros su vida y hacer fructificar sus enseñanzas; estar dispuestos a derramar también nuestra sangre por Él; tal vez no se nos exigirá tanto, pero todos podremos aceptar con corazón generoso los sacrificios que la vida nos proporciona, haciendo todos honor por el tributo de adoración, a la Sangre de Cristo y la devoción a sus mártires.

Después de dos mil años de cristianismo, precisamente en virtud de esta fervorosa adhesión, la Iglesia puede contar con la genuinidad, el frescor y el ardor de los primeros siglos. Es nuestro deber pedir que las tribulaciones y las persecuciones se alejen y se atenúen, pero debemos especialmente pedir la gracia de ser y permanecer fieles a toda costa.

(De la Homilía del Papa en la tercera dominica de Cuaresma, 25-3-62.)

«LA CIUDAD CATOLICA» SIGNO DE CONTRADICCION

Jesucristo no sólo es Señor de los individuos, sino de la Sociedad y del universo. Como Verbo encarnado, Creador y Redentor del hombre, es dueño absoluto de su ser y de su actividad, en cualquier aspecto de su vida y en todos los momentos de su existencia.

Es, pues, una obligación esencial del hombre — obligación de que ni Dios mismo puede dispensarlo — reconocer ese dominio o realeza del Señor, lo mismo en el foro social y público que en el individual y privado.

La persona humana, según los designios divinos, manifestados expresamente por la ley natural, ha de ser religiosa, como persona privada y como miembro de la sociedad.

Esto último implica una estructura religiosa de la sociedad política, con un poder político y un Estado que tutela y promueve en forma adecuada el valor religioso considerado esencial al bien común y primordial entre todos los demás valores que lo integran.

La ley de gracia promulgada por Jesucristo, Dios Redentor, ratifica — naturalmente — esos mismos designios de Dios Creador, cuanto a exigir que así la sociedad civil como el individuo reconozcan, adoren y sirvan a su autor, pero precisando que la religión que ha de inspirar la conducta, pública y privada, es la revelada en Jesucristo — que es la Católica —, y que, a tenor de esa revelación, el Estado seguirá obligado a actuar religiosamente, si bien de otro modo, o sea, recibiendo de la Iglesia las normas religiosomorales que han de regular su comportamiento, y garantizándole a ésta las condiciones de orden temporal favorables a su augusta misión.

Así, pues, el ideal divino, en este orden de providencia sobrenatural, es que todos los hombres sean católicos, toda sociedad sea católica; y el Estado, correspondiente a esa sociedad católica, tribute culto a Dios en católico y promueva el bien común temporal concebido en católico; de forma que proceda con entera libertad en cuanto no tiene conexión con el bien sobrenatural de las almas, pero acatando los mandatos y directrices de la Jerarquía Sagrada y respetando el interés religioso en cuantos aspectos lo tienen.

Porque el Estado, según el orden vigente, nada puede lícitamente hacer que *de suyo* o por su naturaleza cree obstáculos a la eterna salvación de los ciudadanos; y está obligado a prestar cuanto, de serle posible, sea necesario para establecer las condiciones legales que la garanticen.

El laicismo, en que ha venido a parar la progresiva degradación de la fe en los pueblos cristianos, ha hecho imposible hoy en casi todos ellos la realización del ideal divino de la vida política, y, en muchas inteligencias, aun su mera comprensión. Pero tal imposibilidad no destruye el ideal mismo, que pertenece a la entraña del dogma.

Los católicos bien formados saben que la misma doctrina católica les dicta prudentes acomodaciones a las circunstancias; pero también saben que no por eso se ha de borrar de sus mentes la luz del ideal, ni han de renunciar al conveniente esfuerzo para aproximarse a él, haciendo cuanto puedan por cristianizar las estructuras del mundo, esto es, de la sociedad civil.

Es, pues, verdadero que no ha de imponerse una determinada forma de relaciones entre el Estado y la Iglesia como la única católicamente válida en *cualesquiera circunstancias*; pues cada caso exigirá una diferente, y esa será, en concreto, la más agradable a Dios en tal hipótesis; pero es falso que cualquier hipótesis lo sea igualmente, pues, como queda dicho, el ideal divino es la unidad en la fe católica, no sólo de una u otra sociedad, sino de todo el orbe, la ordenación del poder civil también al fin sobrenatural — que es el único supremo del hombre regenerado por Cristo —, y su obligación de secundarlo promoviendo un orden temporal favorable a la misión de la Iglesia.

“La Ciudad Católica”, según consta por sus estatutos y por las alabanzas que le han tributado venerables prelados de todo el mundo, es una asociación que pretende inculcar en sus miembros la viva conciencia de ese ideal, y suministrarles un exacto conocimiento de cuál es la doctrina católica sobre la constitución cristiana del Estado y de la sociedad en orden a actualizarlo.

Laudable pretensión que no es sino la obligada reacción de nobles espíritus católicos, amantes de Cristo y de su Iglesia, ante las enseñanzas y cálidas exhortaciones de León XIII, Pío XI y Pío XII. Pues estos ilustres Pontífices nada han recomendado más vivamente a los fieles que el conocimiento y difusión del pensamiento social y político de la Iglesia y la participación en la vida pública, precisamente para encarnarlo en ella: Si los católicos no conocen la doctrina de la Iglesia en este punto, y no descienden a la arena para propagarla y aplicarla y en las estructuras y actividades de las asociaciones culturales, profesionales y políticas, serán los enemigos de Dios los que se apoderen de los resortes de influencia y de mando, para plasmar y regir la sociedad civil a su gusto, y en oposición al ideal de la redención cristiana.

Todo católico está obligado a procurar con todas sus fuerzas el reinado social de Jesucristo, para que el orbe no sea únicamente, ni principal y mayoritariamente, ciudad de Satanás, sino al revés, la Ciudad de Dios.

“La Ciudad Católica” proclama en sus estatutos y en sus manifestaciones públicas: congresos y escritos autorizados, que no es un partido político o asociación, militante, como tal, por una opción política concreta; aun-

que cada uno de sus miembros, según los mandatos y recomendaciones de la Santa Sede, pueda y aun deba adscribirse a cualquier grupo de ideario ortodoxo donde, a su parecer, mejor se realicen sus posibilidades de acción provechosa al bien común de su patria, del mundo y de la Iglesia.

Como tal, “la Ciudad Católica” no tiene otra finalidad que fomentar en sus miembros el conocimiento del ideal católico sobre la estructura y funcionamiento de la sociedad civil y el entusiasmo por actualizarlo.

Los medios utilizados son:

1.º El estudio de los documentos del magisterio eclesiástico que, en parte, se coleccionan y comentan en el libro “Pour qu’il règne” (recientemente traducido al castellano y distribuido por la editorial Fax), y el uso de la revista “Verbe”, donde se presentan y explican, así eventuales enseñanzas pontificias y episcopales, como otros diversos trabajos e informaciones en armonía con el fin pretendido.

2.º La celebración de congresos, nacionales e internacionales.

3.º La difusión capilar de la sana ideología católica mediante fraternales contactos de los miembros de “La Ciudad Católica” entre sí y con amigos y familiares.

El método más practicado para el ordinario estudio de los documentos mencionados y el desarrollo del espíritu de celo por el reino de Cristo es la formación de los posibles grupos o células, de escaso número de miembros cada una, la lectura y comentario, con adecuado diálogo, en reuniones periódicas, y el cultivo de la vida sobrenatural por los medios corrientes hoy en la Santa Iglesia.

En los Congresos y Asambleas se presentan lecciones o ponencias redactadas por especialistas selectos, se dialoga sobre ellas y se anima a todos al trabajo por el reino de Dios.

Por supuesto, “La Ciudad Católica” está siempre en comunicación con la Jerarquía Sagrada, siempre a su vista, siempre atenta a sus orientaciones y a sus paternales advertencias. Porque, si bien no es una Asociación de Acción Católica, y por eso mismo no necesita como éstas la autorización episcopal, tiene muy asentado en la conciencia que los católicos ni en privado ni en público, ni en particular ni colectivamente, hacen nada que, en el aspecto dogmático y moral no caiga bajo la jurisdicción eclesiástica.

No se necesita mandato alguno para hacer el bien, aunque sea enseñar al que no sabe, como bien lo proclamó el gran Pío XII; pero sí se ha de estar pronto a oír, acatar y poner en práctica las amonestaciones, mandatos, directrices y recomendaciones de la autoridad eclesiástica, cuando ésta juzgue conveniente intervenir; y aun, en determinadas ocasiones se habrá de procurar su previa anuencia y hasta aprobación, para prevenir deslices, evitar malas inteligencias y adelantarse a maliciosas interpretaciones. Todo lo cual observa con solicitud “La Ciudad Católica”.

Este cuidado de estar siempre a la vista de la Santa

Sede y de los Prelados, aconsejada por solventes teólogos y provista en su zona directiva de personas bien formadas en la doctrina católica que especialmente le afecta y ha de ser conocida, propagada y actualizada por sus miembros, es postulado vital de “La Ciudad Católica”.

Por esto, hasta el presente, y pese a la guerra que le hacen, así los enemigos conscientes del reinado social de Jesucristo como las comparsas de inconscientes colaboradores, nada se le ha podido probar contra la ortodoxia, ni en la teoría ni en la práctica.

Se le han lanzado, es cierto, algunas acusaciones, y se le han formulado y orquestado ciertas preguntas inspiradas por la desconfianza, pero las acusaciones son totalmente falsas, y las preguntas, con sus armónicos de maliciosas sugerencias, carecen de sólido fundamento y aparecen manifiestamente tendenciosas, como puede verse en *Verbe*, núms. 127 y 129, y en dos opúsculos de Madiran que, a mi juicio, son decisivos: *Les machinations contre “La Cité Catholique”* y *La Cité Catholique aujourd’hui*.

Informations Catholiques Internationales, núm. 114, pergeñó un dossier tan inconsciente como injurioso, que el mismo Ousset refutó eficazmente, como puede verse en la misma revista, núm. 118, obligada por la ley a publicar esa contundente refutación.

En un artículo de *Punta Europa*, 68-69, tuvimos nosotros el placer y el honor de contribuir a demostrar la falsedad de tales imputaciones.

Ultimamente se ha sembrado la alarma contra “La Ciudad Católica” dando a entender que su manera de concebir la estructura del Estado no es quizá la única cristiana, y, por lo mismo, parece un abuso tratar de preferirla a las demás; que, por ventura, sobrevalora el *imprimatur* de sus propios escritos y la autoridad de los documentos contenidos en “Pour qu’il règne”; que quizá no guarde la conveniente norma al interpretar las enseñanzas del Magisterio eclesiástico; que, pues no es A. C., no tiene mandato para enseñar la doctrina católica; que propagar esa doctrina en lo social y en lo político no es medio más eficaz, ni siquiera tan eficaz, como propagar *el Evangelio*, cuya predicación es el deber primordial de la caridad cristiana; que no se debe canalizar el celo de los cristianos en favor de una acción ante todo política; que, en fin, la acción de la Ciudad Católica no puede ser lo que dicen sus estatutos, sin descender a lo particular y existencial y traducirse en opciones políticas concretas y partidistas.

Madiran y Ousset, en los escritos citados, dan buena cuenta de semejantes objeciones e insinuaciones, y, en mi opinión, quien las lea con espíritu imparcial quedará plenamente satisfecho.

Aquí, pues no dispongo de más espacio, sólo diré:

1.º Cuanto a las estructuras concretas del Estado, determinables, ciertamente, por las diversas circunstancias, existen muchas formas concordes con la razón y la fe, en cada caso, a lo menos como mal menor; pero sólo hay una esencia común a todas las que pueden llamarse

cristianas, y un ideal de régimen político, que es el descrito al principio de este trabajo.

Esa esencia común y ese ideal es lo que promueve “La Ciudad Católica” como asociación, dejando a cada cual su responsabilidad en cuanto individuo y ciudadano para actuar donde estime conveniente, dentro de la ortodoxia y de la disciplina establecida por la Iglesia.

2.º No hace falta mandato alguno para enseñar al que no sabe la doctrina católica, ni para exhortarlo a que la ponga en práctica, con tal que se sepa lo que se enseña, no se actúe en la clandestinidad, ni en el sistemático aislamiento de la autoridad eclesiástica, ni en actitud de rebeldía contra sus eventuales intervenciones. Condiciones todas que cumple “La Ciudad Católica”.

3.º Efectivamente, para captar el verdadero sentido de los documentos pontificios y episcopales y no sobrevalorarlos, es necesario considerar los adjuntos de lugar, tiempo y personas y el objetivo del legislador y maestro; pero esta resabida norma no supera la competencia de los miembros directivos de “La Ciudad Católica” y de sus consejeros, y nada se aduce probativo de que no la obsequen.

Por otra parte, ningún error concreto se ha podido señalar a “La Ciudad Católica”, en cuanto asociación, sobre este punto.

Es, pues, innecesario insistir en justificarla. Pero no será ocioso preguntar cómo es posible, sin prejuicios ni apasionamientos, quizás inconscientes, suscitar tales sospechas contra una corporación tan respetable que ni ha sido sorprendida hasta el presente en error sobre la materia, ni da paso alguno sin la orientación de directivos tan cultos, bien formados y capacitados para entender los textos del magisterio eclesiástico en lo que atañe a “La Ciudad Católica”, y, sobre todo, dóciles y adictísimos a la Santa Sede y a los Prelados.

Con mayor necesidad habría de recomendarse a los adversarios de “La Ciudad Católica” que guarden las reglas de la sana hermenéutica, para no subestimar esos mismos documentos que dicen sobrestimar los de “La Ciudad Católica”; pues de tal manera los relativizan a su tiempo, que vienen a negarles todo sentido permanente: nada válido para hoy contienen ni el *Syllabus*, ni *Immortale Dei* y *Libertas*, ni *Quas primas*, ni las enseñanzas de Pío XII.

Por añadidura hacen tabla rasa de todos los teólogos clásicos en la materia, como Belarmino y Suárez. El Cardenal Pie es un ultramontano Obispo de una insignificante diócesis provinciana. Cavagnis y Ottaviani no cuentan. *Et sic de ceteris*. En cambio, los colaboradores de *Tolérance et Communauté humaine* son los auténticos representantes del pensamiento actual de la Iglesia, con Maritain, Vialatoux, Latreille y sus afines.

Gracias a Dios, somos muchos los teólogos que no participamos de esa opinión, y no creo que entre los Obispos de todo el orbe hallaran una docena de patronos. Desde luego, ni un solo texto pontificio pueden citar a su favor.

4.º Enseñar y actualizar la doctrina católica en lo social y en lo político es enseñar y actualizar el Evangelio, en el que sus principios se contienen, y debe reputarse un apostolado necesario y recomendado por los Papas. Por lo demás, ese apostolado no es incompatible con otros; y, pues no todos podemos hacerlo todo, lo más santo será hacer cada uno lo que Dios, por su aptitud y por las circunstancias del momento y la dirección de sus superiores y prudentes consejeros, le dé a entender. Y será gran predilección divina escoger a uno para promover el reinado social de Jesucristo, sin el cual todos los demás apostolados, v. gr. la predicación, administración de sacramentos, educación cristiana de la juventud..., pueden quedar, en mayor o menor grado, dificultados y aun impedidos; como se prueba, desgraciadamente en la misma Francia, por lo que atañe a la educación en las escuelas.

Pese a ciertos alucinados, el ideal de la Iglesia no es vivir la vida de las catacumbas, de las checas y campos de concentración y trabajos forzados... San Pablo encargaba a Timoteo que todos pidieran, suplicaran y dieran gracias a Dios, a fin de que tocara el corazón de los gobernantes y los inclinara a actuar de modo que los fieles pudieran vivir en tranquilidad y paz. Esas oraciones ha dirigido y dirige a Dios la Santa Iglesia en todo tiempo, mientras ha proclamado y proclama como un ideal el régimen de Estado Católico, y *pro aris et focis* lo ha defendido y lo defiende donde aún es viable.

Para algunos, propugnar con la *Cité Catholique* la estructura cristiana de la sociedad civil, manifestada en el Estado Católico, es desnaturalizar el mismo reinado social de Jesucristo; porque el Estado Católico facilita la acción apostólica de la Iglesia, y el reino de Dios, en el orden sobrenatural, lleva como algo esencial la Cruz que, es dolor, lucha penosa contra el espíritu del mal. Pero la verdad es que entre el ideal del reinado social de Jesucristo y el misterio de la Cruz no existe oposición alguna; no sólo porque tal ideal nunca se realizará con perfección, y habrá margen siempre para mortificantes conflictos entre ambas potestades con el consiguiente sufrimiento de los miembros del cuerpo místico, sino porque, aun en el caso de realizarse, no desaparecerán las limitaciones humanas ni la pugna entre “caro” y “spiritus”—en la plenitud del sentido paulino—que son el origen del dolor y de la lucha en que la cruz consiste.

Así que abusan del tópico quienes sostienen que los paladines del Estado Católico, como elemento constitutivo del imperio social de Jesucristo, tienen una visión demasiado temporal de la realeza del Salvador, como si aspiraran a una situación terrena mezcla de teocracia y de milenarismo con felicidad plena en este mundo. Sólo aspiran a que se respeten los derechos de Dios y de su Iglesia, y de ese respeto, que es justicia, fluya la paz, que es su fruto y don tan del deseo de Cristo, Príncipe de la Paz.

5.º “La Ciudad Católica”, con no menor derecho que cualquier Facultad Católica de Teología o cualquier Aso-

ciación de Acción Católica, al estudiar y enseñar la doctrina de la Iglesia puede y debe considerar las instituciones concretas, para juzgar si en ellas se actualiza; como el moralista examina los casos reales; y como los Papas y los Obispos dictaminan sobre los hechos particulares en cuanto conformes o no con las exigencias de los principios.

Lo que no puede hacer, según sus estatutos la definen, es tomar parte, como tal "Ciudad Católica", en la vida pública cual si fuera un partido más con su programa preciso sobre la forma del Estado, y sobre los aspectos concretos de la política, aunque sus miembros puedan y deban inscribirse en el que juzguen conveniente dentro de las normas religioso morales dictadas por la Iglesia.

* * *

Desgraciadamente, aun en los medios católicos, y hasta entre teólogos, existe hoy un ambiente laicista. La degradación de la fe cristiana en las conciencias ha provocado el descenso de la temperatura religiosa y se ha perdido prácticamente la ilusión por promover los valores sobrenaturales y, en concreto, el dulce imperio de Cristo y de su Iglesia en el mundo, mientras se ha desarrollado el amor de lo temporal, que es fin del Estado, y, sobre todo, el apetito de lo material.

Por otra parte, el pluralismo religioso de casi todo el

mundo y, en particular, del Occidente, combinado con esa atonía de la fe en lo supraterráneo, ha engendrado en muchos católicos una actitud de indiferencia respecto de todas las religiones; y, los que son hipersensibles ante cualquier dificultad contra la conveniencia de todas ellas en igualdad de derechos, carecen de entusiasmo para procurar por todos los medios legítimos la unidad religiosa católica en su propia patria y en el orbe, a pesar de ser ella el ideal divino.

Para cohonestar esa situación psicológica propenden a buscar y excogitar doctrinas filosóficas y teológicas que mengüen, cuanto más mejor, los derechos de la verdadera religión y de la Iglesia, y justifiquen como norma, no ya práctica y prudencial, sino ideal, la igualdad absoluta de todas las religiones ante la ley, aun en la sociedad en que no se profesara más que la católica, la separación entre ambas potestades y el laicismo del poder civil. Con tal que no haya positiva persecución del catolicismo están satisfechos.

Pero ya se ve que, conforme a la doctrina permanente de los Papas, una cosa es lo que la prudencia exige como mal menor y bien posible en circunstancias adversas, y otra es el orden que Dios desea como ideal, por cuya realización todos los católicos han de hacer lo posible tratando de modificar las situaciones que a él se oponen y de crear las que lo exigen o favorecen. Y ese orden, descrito en este artículo, es el objetivo de "La Ciudad Católica", para honra suya y bien de la Iglesia.

E. GUERRERO, S. J.

CARTA DE MONS. LEFEBVRE AL DIRECTOR DE «LA CITE CATHOLIQUE»

Con motivo de la campaña calumniosa levantada contra dicha asociación, Monseñor Lefebvre, Arzobispo-Obispo de Tulle, escribe la siguiente carta a su Director y colaboradores.

A. D. Juan Ousset,
Director de "La Cité Catholique"
y a sus colaboradores.

Queridos amigos: La campaña de prensa llevada con insistencia contra su Asociación durante estas últimas semanas no puede dejar mano sobre mano a ningún católico recto y sincero. Con mayor razón debe conmover a los que tienen por cargo la salvaguarda de la Verdad y el acrecentamiento de la vida cristiana.

Me parece que faltaría a la Verdad y a la amistad que les tengo a ustedes, si permaneciera silencioso cuando unas personas consideradas como dignas de fe, por lo menos habitualmente, se permiten escribir públicamente contra ustedes y sus actividades, empleando argumentos desprovistos de todo fundamento serio y lo que es más, contrarios a la doctrina de la Iglesia.

Y el diario, considerado con razón o sin ella, como portavoz de la Iglesia de Francia, se permite abrir am-

pliamente sus columnas a esta odiosa campaña. El silencio, en estas circunstancias, de parte de quien les conoce a ustedes, les estima y se ve personalmente aludido, es imposible, cuando esta estima estriba ante todo sobre la perfecta conformidad de la actividad de ustedes con el Espíritu de la Iglesia y cuando los Sumos Pontífices piden con insistencia a los seglares que se penetren de los principios de la Iglesia en materia política, económica, social, siendo así que ustedes orientan todos sus esfuerzos en este sentido.

¿Qué se les echa en cara?

—No ser de "Acción Católica"—pero los católicos pueden y se les recomienda constituir grupos que se esfuerzen por hacer más cristiana a la sociedad: en el mundo del trabajo, y en ello se ocupan los sindicatos cristianos; en el campo económico es, según creo, la finalidad de "Economie et Humanisme"; en el terreno de la Ciudad, es vuestra razón de ser. Los Papas han dicho explí-

citamente que la Acción Católica no era la sola actividad a la que se invita a los católicos. Sería muy deseable que todos los que intervienen en esos terrenos tuvieran siempre la misma escrupulosa fidelidad para las enseñanzas de la Iglesia y la misma sumisión a la Jerarquía.

—*El nombre de “La Cité Catholique”;*

¿Cómo vamos a tomar en serio semejante ocurrencia? El señor Madiran ya ha contestado muy bien en su separata del núm. 61

—*“que no tienen las aprobaciones episcopales”:* no son indispensables para una actividad que no es acción católica propiamente dicha. Basta que esta actividad esté plenamente conforme con el Espíritu de la Iglesia y con su disciplina, de lo cual cada obispo es juez en su diócesis.

—*“su manera de interpretar los documentos pontificios”:* ¡pluguiera a Dios que todos los católicos tuvieran el mismo exacto conocimiento de esos documentos y que se esforzaran por ponerlos en práctica con el mismo celo que vosotros! Puedo dar testimonio, por lo demás, de que siempre habéis solicitado el concurso de sacerdotes para ayudaros en dicho conocimiento.

Guárdense ustedes en todo caso de interpretarlos según la regla propuesta por el Rvdo. Padre autor del folleto que os atañe.

No se puede decir cosa mejor para quitar toda autoridad moral a los documentos pontificios. No mandan los Papas que nos sometamos con este espíritu a su magisterio ordinario.

—*“su manera de concebir el poder de la Iglesia sobre lo temporal y sobre la Sociedad”:* También aquí las citas del R. Padre están muy mal escogidas y no corresponden a la enseñanza actual de la Iglesia. El poder directo e indirecto de la Iglesia tal como lo han desarrollado sus folletos es exactamente el que se enseña en las Universidades romanas y en los documentos emanados de la Santa Sede.

En resumidas cuentas, nos preguntamos qué espíritu anima a los RR. PP. que se encarnizan contra el apostolado de ustedes. Ciertamente no es el Espíritu de verdad y de caridad.

Digo “apostolado” porque es verdadero apostolado esforzarse por conocer bien y difundir la doctrina católica tocante a la Ciudad cristiana, sus principios, su constitución, su funcionamiento, con miras a construir la civilización cristiana.

Es muy justo que los seglares católicos se preocupen del porvenir de su familia y vivan con la preocupación de ver a sus hijos crecer en un clima de materialismo, de laicismo y de ateísmo. ¡Cómo explicarnos que en una época en que se desea que los hogares tomen más responsabilidad en el terreno que les incumbe, haya quien se esfuerce por desalentarle y aniquilar sus legítimas iniciativas!

Mientras este ambiente arruina el espíritu sobrenatural, el espíritu de oración, de renunciamiento, de generosidad sobrenatural, y de consiguiente la eclosión de vocaciones sacerdotales y religiosas, se quiere impedir a ustedes recristianizar la sociedad. Su actividad es indispensable y no hace más que reforzar la Acción Católica. Los dos esfuerzos son complementarios y no se oponen en manera alguna, al contrario. Todavía más, son muchos los miembros de su Asociación que son valientes animadores de la Acción Católica.

¡Buen ánimo! Muchas almas generosas les aman y les admiran. La conjuración de la prensa por otra parte dista de ser unánime. Es mérito grande de la “France Catholique” expresarse con serenidad de juicios siempre iluminados por un admirable espíritu de fe, un sentido admirable de la Iglesia y una caridad que no se desmiente. Este periódico no ha vacilado en denunciar a sus detractores. Todos los católicos que leen este periódico sacan un inmenso provecho; quiera Dios que siempre permanezca en este espíritu.

Finalmente, roguemos queridos amigos porque la oración es la que les dará las gracias necesarias para continuar su magnífica tarea con un espíritu siempre más profundamente adicto y sumiso a nuestra Santa Madre y Maestra, la Iglesia Católica Romana.

Que estas líneas les lleven el testimonio y el aliento de mi respetuosa y profunda simpatía.

Marcelo LEFEBVRE, Arzobispo de Tulle



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Mayo - 1962

- GENERAL:** Que la mayor estima y el mejor conocimiento entre católicos y cristianos separados prepare el camino para la verdadera unidad.
- MISIONAL:** Que aumenten las vocaciones sacerdotales y religiosas a las Misiones por una devoción más ardiente a la Eucaristía.

El problema argelino impone nuevas formas de convivencia

El escándalo del terrorismo exacerbado en Argelia y en Francia, aun después de concertarse el acuerdo de Evian sugiere la oportunidad de ensayar nuevos puntos de vista que trasciendan del estrictamente nacionalista de los argelinos y de los franceses obcecados. Vamos a buscar el nuevo enfoque y los criterios de valoración en las advertencias y consejos dictados por la jerarquía católica, bien en relación directa con el problema argelino o con otros problemas parecidos o conexos.

En primer lugar vayan unas cuantas anticipadoras previsiones del Papa Pío XII en la encíclica "Fidei donum": "La mayor parte de esos territorios — se refería al Africa — está pasando por una fase de evolución social, económica y política, que está preñada de consecuencias para su futuro; sin embargo, hay que reconocer que las numerosas incidencias de la vida internacional sobre las situaciones locales no siempre permiten, incluso a los hombres más prudentes, graduar las etapas que serían necesarias para el verdadero bien de esos pueblos. La Iglesia... no puede dejar de prestar hoy una atención especial a la adquisición por parte de los nuevos pueblos de las responsabilidades inherentes a la libertad política. En varias ocasiones Nos hemos invitado ya a las naciones interesadas a proceder por este camino con espíritu de paz y de comprensión. Que una libertad política justa y progresiva no sea negada a estos pueblos (que a ella aspiran), y que no se ponga obstáculo a ella".

Este llamamiento previsor debe cotizarse muy alto a la hora de valorar quiénes son los promotores de la verdadera libertad de los pueblos africanos emancipados o en vías de emanciparse.

Aun en relación estricta con el problema argelino, hay que rechazar la acusación lanzada hace poco por

la nueva agencia de Prensa del F. L. N. en Túnez al denunciar "el silencio de las autoridades religiosas cristianas, tanto protestantes como católicas en Francia y en Argelia" en contraste con los mensajes del Papa Juan XXIII en favor de la paz en Argelia. La verdad es que no existe semejante contraste, porque también la jerarquía católica francesa ha recordado en declaraciones episcopales los principios que el Evangelio impone al cristiano frente a la situación creada por el drama argelino. Veamos unos pocos, bastante expresivos. El cardenal Liénart, obispo de Lille, declaraba el 19 de diciembre pasado a una representación del clero que iba a presentarle sus felicitaciones: "En Francia, la atmósfera está envenenada por una especie de anarquía organizada. Ante una situación semejante, la actitud del clero debe ser muy clara. La Iglesia reprueba todos los actos de violencia hacia las personas y no puede admitir el tomarse la justicia por propia mano que es un regreso a la barbarie, como recientemente recordaba la declaración de la Asamblea de cardenales y de arzobispos". El arzobispo de Lyon, cardenal Gerlier se expresaba en los mismos términos, e igualmente Monseñor de Bazelaire, arzobispo de Chambéry, quien después de describir el clima de violencia que reina en Francia lo condena en estos términos: "Los crímenes cometidos, de cualquier lado que sean, son algo muy grave. Preparan una especie de guerra civil. Impiden la paz, comunicando un ambiente de odio y de crueldad. Y más grave todavía es la desviación de conciencia que como consecuencia se está amplificando. Se legitiman prácticas atentatorias de la justicia y de la libertad de la vida humana en nombre de una pretendida eficacia. Pido a los cristianos que protesten en nombre de los derechos de la persona y de los imperativos de una

moral a la vez humana y cristiana contra tales hechos". La preocupación por definir la actitud de la jerarquía católica ante este drama llega al extremo de que el obispo de Saint-Claude, monseñor Flusin se reconoce responsable de no haberse expresado con suficiente claridad ante la denuncia de algunas crueldades cometidas en Francia contra los argelinos en una zona próxima de su campo de jurisdicción religiosa. Si verdaderamente existió en este caso singularísimo esta negligencia que la finura de conciencia de monseñor Flusin le hace reprocharse, los testimonios posteriores y recientes establecen con meridiana claridad cuál es su punto de vista sobre el problema, su completa coincidencia con toda la jerarquía francesa y la urgencia de conciencia con que insta a todos los católicos a definir de forma inequívoca su actitud en este tremendo drama.

Nuevas formas de cooperación y de convivencia

Sin necesidad de insistir en las formas ilegítimas e impracticables de resolver problemas como el de Argelia en pura violencia, es oportuno denunciar de paradójica una actitud de anacrónico nacionalismo en Argelia o en cualquier otro territorio africano, mientras las mismas metrópolis europeas — Francia en primer lugar — han renunciado ya y están dispuestos a continuar renunciando a principios muy firmes de soberanía en aras de nuevas formas de convivencia internacional que parecen ser el signo de la época en que estamos viviendo. Es, pues, incoherente el nacionalismo francés en Argelia y su "europeísmo" en Bruselas o Estrasburgo, y paralelamente el nacionalismo argelino en Argel, Túnez o Rabat y el "africanismo" en las múltiples conferencias de cooperación africana en las que estos

pueblos recién emancipados tratan de buscar en su mutua ayuda la superlencia de la superior técnica y recursos de las metrópolis a las que han estado vinculados. En este campo del interés común es donde puede encontrarse la mejor forma de asociación que hagan compatibles y fecundos los legítimos anhelos de independencia y el bien común de una cooperación internacional.

En la citada encíclica de Pío XII se advertía a los países africanos emancipados o en vías de emancipación, que "reconociesen a Europa el mérito de su progreso: sin su influencia, extendida a todos los dominios, podrían ser arrastrados por un ciego nacionalismo hacia el caos y la esclavitud". "Al renovar aquí esa doble exhortación formulamos votos para que se continúe en África una obra de colaboración constructiva, libre de prejuicios y susceptibilidades recíprocas, preservada de las seducciones y estrecheces del falso nacionalismo, y capaz de extender a esas poblaciones, ricas en recursos y con un prometedor futuro, los verdaderos valores de la civilización cristiana, que han dado ya tan buenos frutos en otros continentes". La cita anterior, verdadera joya, define y resuelve en pocas palabras todo el tremendo drama argelino.

Argelia y el Sahara, países de la esperanza

Una consideración geopolítica de estos territorios en litigio patentiza la clarividencia de las palabras citadas de Pío XII. Un inmenso territorio de varios millones de kilómetros cuadrados de arena, dunas, rocas y piedras, a lo largo de 5.000 kilómetros entre el Atlántico y el Valle del Nilo y de 1.500 kilómetros entre el Atlas sahariano y la zona del Níger y del Chad ofrece con su casi infinita esperanza, la más elocuente llamada a la cooperación internacional.

A fines del siglo pasado y comienzos del presente, los grupos de geólogos franceses recorrieron en ca-

ravana de estudios el gran desierto en varias direcciones. Entre ellos iba también la atractiva figura del P. Charles de Foucauld, entonces brillante oficial de caballería que se hizo ermitaño en Tamanrasset, en el corazón del Sahara para "acostumbrar a todos los habitantes, cristianos, musulmanes, judíos e idólatras, a mirarme como a su hermano, el hermano universal". Los sacrificios de aquellos hombres no fueron vanos, pues descubrieron recursos fabulosos entre los cuales el más valioso, una inmensa capa de agua dulce, el "mar Albiano" tan extenso como toda Francia y situado a unos 400 metros de profundidad. Esa masa acuática constantemente alimentada por la infiltración de las lluvias de la región del Atlas y de las Altas Mesetas está pidiendo ser aflorada mediante horadamiento de pozos y elevación de agua para convertir todo el Sahara en un verdadero vergel.

Las primeras pruebas hechas en este sentido en Elabiod han permitido regar 10.000 hectáreas de tierra y crear en ellas una verdadera agricultura sahariana, con la cual podría subvenirse a las necesidades de una copiosísima población en lugar del hambre y miseria de los escasos nómadas que vagan por los arenales a distancias casi infinitas los distintos grupos. Tras del problema del agua que exige cooperación técnica internacional, viene el de los transportes. Francia ha trazado ya entre el África del Norte y el África Negra cinco grandes pistas y ha construido vehículos de gran capacidad de carga equipados especialmente para el transporte por el desierto. Al mismo tiempo, numerosos aeródromos garantizan servicios regulares entre las grandes ciudades de Argelia y las diversas localidades del Sahara. Con estos medios de transporte puede realizarse la explotación de recursos mineros de Colomb-Bechar, Ghardaia, El Goléa, Timimúm, Adrar, Aulef, In Siah, Tamanrasset, Uargla, etc.

En 1952, un geólogo que buscaba agua a 130 kilómetros al Sureste de Tinduf, comprobó que su brújula

sufría alteraciones. Después de realizadas algunas verificaciones descubrió el yacimiento de hierro de Gara Djebilet que encierra una enorme masa de 3.000 millones de toneladas de más del 52 por ciento de hierro puro. Otro yacimiento de este mismo mineral en Port Gouraud, en Mauritania, encierra más de 100 millones de toneladas de mineral con una riqueza del 64 al 66 por ciento, con la ventaja de que explota en la superficie, a cielo abierto. Al mismo tiempo se han descubierto yacimientos incalculables de gas y petróleo que están pidiendo la aportación de técnicos y de inversiones para valorizarse y contribuir al bienestar general. Dos grandes bolsas en las proximidades de In Salah y de Laghuat encierran reservas de 130.000 millones de metros cúbicos de gas rico, que puede convertirse por condensación en gasolina y que sobre todo está situado sólo a 400 kilómetros de Argel y puede suministrar la mejor parte de la energía necesaria para la industrialización. Existe un yacimiento de 500.000 toneladas de cobre en Akjout; otro de manganeso en Guettara y cantidades incalculables de petróleo en Edjele—20 millones de toneladas seguras y otras 30 muy probables—. En un yacimiento de Hassi-Messaoud se ha localizado, por sondeo, con toda certeza 100 millones de toneladas de petróleo y según parece puede contarse con otros 300 millones de toneladas, con la esperanza de que continuando los sondeos aparezcan nuevas capas de este combustible. Para valorizar estos recursos se necesita una estrecha cooperación política y técnica que proteja las fuentes de riqueza contra los sabotajes y que garantice una explotación rentable mediante la construcción de oleoductos de 600 a 700 kilómetros de longitud.

Según cálculos provisionales, los capitales necesarios para la explotación de estos recursos se cifran en unos 500.000 millones de francos. Como no es Francia la única interesada en esta explotación, se pide la cooperación de la Europa occidental, particularmente, del Merca-

do Común Europeo que necesita el mineral de hierro sahariano, así como su petróleo y otras riquezas. Los 500.000 millones de francos de inversiones necesarias se distribuyen así: 4.000 millones en los yacimientos de Colomb-Bechar; 100 mil millones en los de Tinduf; 50.000 millones en Fort-Gouraud; 40.000 millones en Edjelé; 18.000 millones en Hassi-Messaud; 15.000 millones en In-Salah y así en otros yacimientos de diversos minerales hasta totalizar con el acondicionamiento de aviación y carreteras la cifra redonda de los 500.000 millones de francos.

Estas riquezas debidamente explotadas servirían primero para mejorar la suerte de las tribus nómadas y de las poblaciones ribereñas; para asentar nuevas poblaciones, creando condiciones favorables de vida mediante el acondicionamiento de "puntos de agua" y de centros de cultivo. De esta forma una tierra ayer de soledad se convertiría para sus antiguos y nuevos habitantes, así como para los pueblos asociados a la obra de transformación, en una tierra de prosperidad.

El acuerdo de cooperación económica franco-argelino

En los acuerdos citados de Evian se establece la cooperación de Fran-

cia y de Argelia en los dominios económico y financiero, según los principios siguientes: 1) Argelia garantiza los intereses de Francia y los derechos adquiridos de las personas físicas y morales; 2) Francia se compromete en cambio a conceder a Argelia su asistencia técnica y cultural y a aportar al financiamiento de su desarrollo económico y social una contribución privilegiada que justifica la importancia de los intereses franceses que existen en Argelia; 3) en el cuadro de estos compromisos recíprocos, Francia y Argelia mantendrán relaciones privilegiadas, especialmente en el plano de los intercambios y de la moneda.

Sin más creeríamos estar en la buena línea de la cooperación siempre que ambas partes se dispongan y puedan cumplir con toda lealtad los compromisos suscritos. Si ahora recordamos que a petición de Francia, los territorios de Argelia han quedado asociados al Mercado Común instaurándose nuevos lazos de cooperación entre Europa y África, podemos entrever fácilmente que la nueva perspectiva de esa gran corriente histórica que ha hecho desde la antigüedad que el Mediterráneo sea un lazo de unión más que de separación entre Europa y África. No sólo el Imperio Romano

al establecer intercambios normales entre las dos orillas demostró este imperativo geopolítico, sino que en años recientes se ha patentizado que la seguridad de los países europeos está amenazada cuando en el África del Norte se instala una potencia hostil. Por su parte el África del Norte no puede valorizar los recursos que posee sin la ayuda de los hombres, de las técnicas y de los capitales de Europa.

El general Gruenther, que fue comandante jefe de las fuerzas de la OTAN ha declarado a este respecto: "Si se perdiera África del Norte, la red de bases occidentales quedaría parcialmente desmembrada.

Al completar con este imperativo estratégico las razones de mutua dependencia del África del Norte y de Europa, queda establecida la base de interés común que impone el ensayo de nuevas formas de colaboración y de convivencia en lugar de la impracticable e inhumana política de la imposición y de la exclusión pura y simple. Así, pues, creo demostrado que el problema argelino es un cometido que afecta esencialmente a toda la Europa occidental de manera especialísima y para su enfoque y solución correcta no se adivina otra política que la prescrita por Pío XII en la "Fidei Donum".

Jesús SÁINZ MAZPULÉ

NOTA DE LA ADMINISTRACION

Comunicamos a nuestros lectores que, habiéndose publicado los índices para el volumen 1960/1961, al igual que en años anteriores nos encargamos de la encuadernación de los mismos. Su precio es de 35, - Ptas.

Asimismo podemos ofrecer a los señores suscriptores que lo deseen, las colecciones de los años anteriores al de su suscripción, en las mismas condiciones ventajosas en que veníamos haciéndolo.

ENTRE EL PENSAMIENTO Y LA ESTETICA

Cuando Eugenio d'Ors, meditando a lo largo del paseo de la escollera de Barcelona, comparaba la limitación lograda y exacta del puerto, orden y navíos, con la infinitud azul del mar libre, y elegía la limitación frente a la inmensidad, convirtiendo aquél en símbolo de clasicismo y al mar abierto en símbolo romántico, no hacía más que sumar y compenetrar dos planos, el de la imagen y el del concepto, el de la estética y el pensamiento, subordinándolos en justa valoración.

¿Qué importaba más? ¿La belleza de la imagen *puerto-mar*, o la realidad conceptual expresada? ¿La imagen, la fuerza sensorial, era tan poderosa, tan dinámica, estaba tan hambrienta de poder, que devoraba, tragaba, digería a la pobre estructura conceptual, caída a sus pies como una esclava?

Creo que Eugenio d'Ors supo salvar ese escollo, peligrosa y engañosa sirte donde naufragan, han naufragado y hecho naufragar, las naves de tantos Ulises del pensamiento poético o literario. Porque ha existido modernamente, y España ha padecido sus achaques, un estilo de pensar, que es más literatura que estricto pensamiento. Si hemos de creer a uno de los que sólo en ocasiones han caído en esa halagadora trampa, el fin del pensamiento es la verdad como el de la alimentación la digestión de los alimentos. Una alimentación no digerida, es inexistente. Un pensamiento que no aprisiona la verdad — y se queda, decimos nosotros, con la belleza de su eco — es una digestión espiritual perfectamente mal digerida y mal hecha.

Es un daño generalizador. Las generalizaciones no sólo son siempre peligrosas, sino que son injustas. El sentido de la justicia nos impide la generalización.

Lo que yo quise decir ahora, es

otra cosa. Quise decir, y no lo he dicho, por eso mi preocupación, esteticista también, de llegar a los conceptos a través de una previa imagen concreta, que la lectura de una ágil y estructurada antología del pensamiento español contemporáneo (1), publicada por Taurus, me ha suscitado esas consideraciones. Desde Joaquín Costa, hasta los pensadores más modernos como José Ferrater Mora, se estructuran en esta compilación de textos cuidadosamente seleccionados, de los escritores cuyo tema no es el mundo de la fantasía, ni el de la observación del contorno ambiental, ni la inspección efusiva de su alma, sino la verdad, o más concretamente el pensamiento.

La España contemporánea, desde Joaquín Costa, ha tenido brillantes representantes de este género de meditación, que se expresa en obras extensas y documentadas, como en el caso de Maeztu o de Menéndez y Pelayo, o en obras más breves, más impulsivas a veces, dotadas de una mayor frescura y espontaneidad: el ensayo, que por serlo, y tratarse de una a manera de experiencia, como su nombre indica, puede convertirse en arma peligrosa en nuestros dedos.

Leemos textos de Costa, Menéndez y Pelayo, Angel Ganivet, Unamuno, d'Ors, Ortega y Gasset, Américo Castro, García Morente, Marañón, Alfonso Reyes, Zubiri, Laín Entralgo, Aranguren, Julián Marías, Ferrater Mora y David García Bacca. Clasificaría yo los recopilados, añadiendo imaginariamente fragmentos antológicos de Maeztu, a quien me hubiera agradado hallar también en tan completa antología, en dos corrientes, dos polos que atraen alternativamente la atención

(1) MARÍA DE LOS ÁNGELES SOLER: *Pensamiento español contemporáneo*, Taurus, M. 1961.

de los escritores, de varios escritores y aun de un mismo escritor, inclinando su pluma, tentada por voces y seducciones, alternativamente a uno u otro de los extremos.

No hay duda, de que el estilo de Costa, seco, directo y pragmático, al punto que sospechamos la inexistencia de donosuras estilísticas, enteramente al servicio de la investigación y de la búsqueda de la verdad, cae, a menudo, en achaque de retoricismo. Costa, preocupado agudamente por el problema de España, inquietado por la situación de nuestro agro, de nuestra política y nuestra Universidad, expositor de una política de Mio Cid, convencido de que la creación de Colegios españoles en centros culturales del extranjero habría de ser una panacea sanadora de todos los males; cuando quiere revestir su dicción de galas literarias cae en una tentación, que ha vencido, sobre todo en determinadas épocas, a los espíritus más objetivos, más equilibrados y más celosos de la verdad. También Menéndez Pelayo, no hemos de rebozarlo, quiso ser retórico. La retórica, con todos sus inconvenientes de orden estético, puede a veces salvarnos del esteticismo.

El esteticismo, la estética en estado puro — hablaríamos de una poesía pura del pensamiento — tiene tal cantidad de sugestión, una dosis tan elevada de sabroso veneno, que fácilmente puede un escritor, ágil, artista y consumado, caer enredado en sus redes, dejando allí a su pensamiento como un pájaro cazado en el campo. Pero, frente a esta retórica, que es sólo una manera formal de decir, hay otra retórica, a veces de acentos tremendistas, que se complace en sí misma. Entre estética y retórica existe una aversión inconciliable. Un autor puede ser esteticista, o unirse de belleza en sus momentos mejores. Es eso, a no du-

dar, lo que le sucedía al Unamuno del Cristo de Velázquez. Pero, en algunas de sus obras de mayor difusión e influencia, nos aparece como uno de los cultivadores más apasionados de una retórica sustancial.

Esos textos, de dicción impresionante, llenos de paradojas y de contrastes, que quizá nos han sacudido en la mocedad, se convierten así en la sublimación y, si usted quiere, en la sublimidad, de una retórica que no cumple el fin formal

que tiene en los investigadores de la realidad objetiva.

Claro que eso no pasa de una observación. Abundan, entre nuestros escritores de pensamiento, quienes como Zubiri o García Morente, sin caer en retoricismos, avanzan seguros por el camino de la verdad. Y en los mismos que, a las veces, han mordido el fruto prohibido del esteticismo, envolviendo en sus ropajes la desnudez de la verdad, hay muchos momentos, los más altos

momentos en que la pasión de lo verdadero brilla como un cristal no empañado.

Así, cuando hemos de agradecer al antologista tanto texto sabroso y madurado — Ganivet, Ortega, Alfonso Reyes, Laín, Marías, Aranguren, Ferrater Mora... — pecaríamos de descomedidos y descortesés si intentáramos una clasificación que hay que encomendar al tiempo y a la historia.

FRANCISCO SALVÁ MIQUEL

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

DOCUMENTS D'ÉGLISE ET OPINIONS POLITIQUES, por R. P. A. de Soras, S.L., 13 x 18; 122 págs. Editions du Centurion, Bonne Presse, París, 1962.

En este folleto, escrito con copia de citas y doctrina teológica, el P. de Soras, ilustra a partir de la página 75, "la forma en que deben leerse y citarse los documentos pontificios", entendiendo por ellos tanto las encíclicas, como los mensajes y discursos públicos y solemnes. Se refiere muy especialmente a aquellos documentos pontificios que versan sobre cuestiones políticas, económicas y sociales.

Pone de relieve que deben ser tenidas en cuenta las circunstancias de tiempo, lugar y costumbre en que fueron escritos y aún la forma literaria propia de cada Pontífice. Las luces del Espíritu Santo prometidas por Cristo a los Supremos Pastores de su Iglesia convierten sus palabras en las de un guía clarividente en las más diversas materias. El autor distingue con especial énfasis las cuestiones de la doctrina inmutable y aquellas contingentes y de aplicación a casos concretos. Para las primeras aceptación estricta; para las segundas "aceptación condicionada al lugar, fecha, modo y tecnicidad que acompaña a su formulación". Así los textos pontificios no son ni totalmente acomodaticios ni de rigidez inexorable.

El P. de Soras, analiza exhaustivamente (págs. 102 a 121) los principales modos de proposiciones, contenidas en los documentos pontificios, clasificándolas en dos categorías y seis caracteres. Analiza el problema de la exégesis de tales textos, proponiendo tres dificultades y seis formas de estimarlas. En nuestra modestia de pobres católicos, "pensamos que acaso se sugiere la incompetencia de los seglares a la lectura y comprensión de los documentos pontificios. Es, que según el pensamiento del P. de Soras, ¿sólo los teólogos tienen competencia para entenderlos? ...la conclusión lógica es que debe prohibirse a los seglares, hacer nada en el orden social sin la directa dirección de un sacerdote y el control de los teólogos".

Volamos ahora a la primera parte del opúsculo del P. de Soras. Antes advertimos, que este trabajo había aparecido en la revista suiza "Choisir" (junio a septiembre 1961) bajo el pseudónimo de Claude Bourgeois. Y que fue reservado a "Temoignage Chretien" la publicación anticipada de las "mejores páginas" del folleto del P. de Soras.

Después de una exposición en forma evidentemente serena pero tendenciosa, hace historia de los 15 años de existencia de

"Cité Catholique" que, dice el P. de Soras, "reunió en 1946 a tres jóvenes que consagraron sus trabajos al estudio de la doctrina social de la Iglesia, a Cristo-Rey, en la Basílica de Montmartre" ...en el último Congreso celebrado en 1960, en Yssy-les-Moulineux, se reunieron 1.500 delegados de diez países, representando quizá a 300.000 adheridos.

Reduce a siete preguntas muy escogidas, su enemiga a "Cité Catholique", y en unas treinta pequeñas páginas contesta a lo que en las publicaciones de aquella comprende varios gruesos volúmenes.

No queda espacio para descender al examen punto por punto de las razones, algunas muy respetables, del P. de Soras. Otras plumas más autorizadas ya lo hicieron. Nos remitimos a "Homme Nouveau" (18-2-62) y al n.º 61 de "Itinéraires", donde Luc Baresta y Jean Madiran, respectivamente, dan una adecuada réplica al folleto del P. de Soras. También debe verse el número 129 (marzo 1962) de "Verbe", que analiza párrafo por párrafo las opiniones muy respetables del P. de Soras.

M. DE ARQUER

ASÍ SON LOS SANTOS, por Karl Fäber, col. "Pequeña Biblioteca Herder". Editorial HERDER, Barcelona, 1961.

VETE SI PUEDES, por Luise Rinser, col. "Pequeña Biblioteca Herder". Editorial HERDER, Barcelona, 1961.

Estos dos volúmenes de la ya conocida colección que con tanto éxito viene publicando la Editorial Herder si bien muy distintos en su contenido ambos interesan desde las primeras líneas y este interés no decae ni un momento hasta el final.

ASÍ SON LOS SANTOS presenta los rasgos peculiares de las grandes figuras de la Iglesia que con frecuencia desconocemos en su verdadero sentido. Una vista panorámica de actualidad destaca en la circunstancia histórica que les correspondió vivir. Son bocetos que despiertan una saludable inquietud en el alma; perfiles sencillos y vigorosos que enriquecen nuestra experiencia espiritual y alimentan la meditación.

VETE SI PUEDES narra sencillamente la odisea de una joven comunista alemana y el trauma psíquico que le produce encontrarse en un monasterio arruinado. Entra en contacto con un mundo para ella desconocido; la amistad con una italiana habíala en cierto modo preparado; ambas viven los días del asedio a Roma y cuando tiene la facilidad de liberarse siente toda la fuerza de su vocación; da el adiós definitivo al mundo y aparta de sí al hombre a quien amaba.

L. S.

REDACCION: Lauria, 15, 3.º-Telf. 221 27 75. ADMINISTRACION: Diputación, 302, 2.º-Telf. 222 24 46